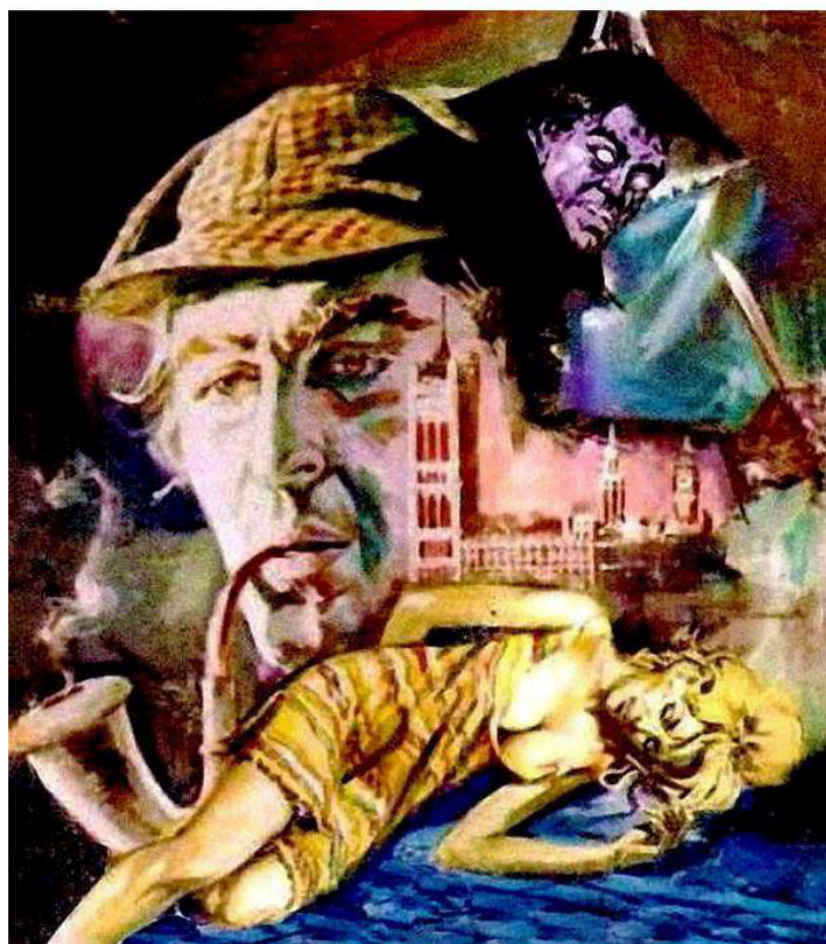




el fantasma de Baker Street



CURTIS GARLAND



Shylo Harding, joven escritor norteamericano de novelas pulp, viaja a Londres de vacaciones para visitar la famosa mansión-museo de Sherlock Holmes situada en el 221 de Baker Street. Tras recordar algunos de los famosos casos del conocido detective, Shylo Harding hace, por sorpresa, una pregunta al guía: Estamos en la casa donde vivió y resolvió sus casos Sherlock Holmes, pero ¿cuál fue la causa de su muerte? El guía, sorprendido por la insólita pregunta, y ante las irónicas sonrisas de alguno de los visitantes, responde, balbuciendo, que Sherlock Holmes fue un personaje de ficción; que no sabe nada sobre su muerte...

Al salir del museo, Shylo Harding, es parado por una joven que había escuchado la conversación, y le habla de un caso ocurrido en 1897, que quedó sin resolver, y por el cual ahorcaron, en su día, a un hombre inocente. Lo llamaron, entonces, Los Crímenes del Degollador. Al día siguiente, después de recorrer otros lugares turísticos de Londres, al volver al hotel, el conserje entrega a Shylo Harding un antiguo manuscrito, que alguien dejó para él, con datos de la época sobre Los Crímenes del Degollador...



Curtis Garland

El fantasma de Baker Street

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1370

ePub r1.0

Titivillus 10-12-2019

Título original: *El fantasma de Baker Street*
Curtis Garland, 1976

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



PRIMERA PARTE

EL ÚLTIMO MANUSCRITO

CAPÍTULO PRIMERO

Se llamaba Harding. Shylo Harding.

Había llegado el día antes de los Estados Unidos, exactamente de Nueva York, en el vuelo transoceánico entre el aeropuerto Kennedy y Heathrow. Estaba en Londres desde hacía solamente veinte horas escasas.

Y en esas pocas horas, había visitado lo que más le atraía de la capital inglesa: el Museo de Cera de *Madame* Tussaud, la Torre de Londres... y el 221 de Baker Street.

Ahora estaba en el 221 de Baker Street. Un lugar de leyenda. O simplemente lo que el guía decía que era: un museo dedicado a alguien que jamás había existido.

Alguien cuyo estudio, *living*, dormitorio y recibidor, habían sido cuidados con todo detalle, hasta una reconstrucción ideal de lo que debió ser, por entonces, la vivienda de un hombre como aquél. Reconstrucción basada, naturalmente, en una serie de relatos literarios, porque todo el mundo, en Londres y en cualquier otro lugar del orbe, sabía perfectamente que el supuesto ocupante de aquella vivienda, nunca pudo estar en ella, porque era un ente de ficción, una invención de un escritor inglés, médico de profesión, llamado *sir* Arthur Conan Doyle. Shylo Harding, norteamericano de nacionalidad, estaba visitando la que, en teoría, pudo haber sido la casa de Sherlock Holmes, el más famoso detective de todos los tiempos. El 221 de Baker Street era una típica casa victoriana, en una calle londinense absolutamente victoriana como era aquélla. Tenía atmósfera en el exterior. Y la tenía dentro, entre aquellos muros.

Shylo sabía que aquel sillón jamás estuvo ocupado por un auténtico Sherlock Holmes. Sabía también que el famoso violín, *hobby* melancólico del gran detective, nunca fue tocado por el genial investigador. Ni la vajilla aquélla sirvió para el té de las cinco del muy metódico caballero de la calle de Baker, y su no menos metódico amigo, el doctor John H. Watson.

Sencillamente, todo era imaginativo. Un museo creado sobre la

figura de un mito. Un tributo inglés al héroe de todo un siglo. Casi era palpable allí la presencia de *sir* Henry Baskerville, de Moriarty, de Lestrade...[1] Como si en cualquier momento, hubiera podido sonar la campanilla de la puerta y, tras ser anunciado por una fantasmal patrona, aparecer en el despacho de Holmes cualquiera de los personajes de sus inmortales aventuras, materializándose de la nada.

Shylo Harding sonrió, sacudiendo la cabeza con escepticismo. Era curioso. Aquello estaba tan bien montado, que producía extrañas ilusiones. Como si uno se sumergiese en el tiempo; saltara setenta u ochenta años atrás... y se encontrase en el Londres Victoriano, de los faroles de gas, los carruajes de caballos, la niebla densa y los flotantes macferlanes en torno a huidizas figuras caminando sobre el empedrado húmedo de las calles...

Ilusión, pensó con un suspiro, pasando ante el diploma de la Academia de Medicina, extendido a nombre de John H. Watson, en el primer tercio de siglo XIX. Admirable la reproducción. Parecía real. Shylo hubiera jurado que lo era, de no ser porque estaba bien seguro de que el doctor Watson, el inefable autor de las memorias donde aparecían las hazañas de su admirado amigo Holmes, era tan imaginario como el detective.

Clavó sus ojos, entre irónicos y admirados, en una vieja lupa, situada en una mesa, junto a un álbum de recortes de periódicos, antiguos y amarillentos, y otro de sellos. Dos de las grandes aficiones de Holmes en su mundo literario. Vagamente, los ojos de Shylo Harding, por pura casualidad, se fijaron en los fragmentos elegidos para simular los recortes seleccionados por el investigador y su amigo Watson. Casos importantes todos, al parecer. El museo estaba estudiado hasta el mínimo detalle.

Ojeó las viejas crónicas de publicaciones con vejez de generaciones encima de su papel amarillo:

«Jack el *Destripador* sigue aterrorizando Whitechapel».

«Scotland Yard, a la caza de una bella envenenadora».

«Terence Carter, acusado de varios asesinatos atroces, será ahorcado hoy».

«Planos militares robados en el Ministerio de la Guerra

británico».

«¿Quién asesinó al diplomático inglés en Northumberland?».

Viejos casos. Verídicos, eso sí. Recortados de viejos diarios olvidados en el tiempo. Y puestos allí, sobre un álbum, para fingir mejor el ambiente del despacho de Holmes. Shylo Harding lamentó que todo aquello no fuese cierto. Que Holmes no hubiera dado caza al Destripador, que la bella envenenadora no fuese caballerosamente arrestada por Holmes, que el condenado a la horca no resultara inocente a última hora, gracias a una genial conclusión del gran detective... o que los planos robados en el Ministerio o el crimen del diplomático inglés en los Yermos no hubieran sido resueltos brillantemente por el genio de Baker Street. Sí. En el fondo, Shylo Harding lamentaba muchas cosas. Por encima de todas ellas, una sola; que Sherlock Holmes no hubiera sido real, que sólo hubiese sido un prodigioso ente de ficción en la fantasía de un gran escritor. Estos casos existieron, pero... ¿quién los resolvió? Nadie lo sabía. O no lo recordaba.

Aun así, allí estaba él ahora. Terminando su visita al museo de Baker Street. Rindiendo un tributo al admirable héroe de sus lecturas de adolescente, cuando aún no era él mismo un escritor de relatos de misterio, al otro lado del Atlántico.

Claro que era diferente. Muy diferente. Él no era Conan Doyle. Él no podría crear jamás un personaje como aquél. Se conformaba con vender aceptablemente sus ediciones de novelas de setenta y cinco centavos de dólar. Después de todo, él solamente era un escritor de *pulps*. Y no pretendía ser otra cosa. Nunca lo había pretendido. Se conformaba con ello, y sólo viajaba para conocer mundo, para aprender siempre algo más, por poco que fuese. Ahora tenía la idea de escribir una novela ambientada en Londres. Pero ¿qué podía escribir que tuviera una cierta originalidad? Posiblemente nada. A veces, el escenario de la acción era el mismo. Los personajes acostumbraban a ser marionetas en manos de su autor, y se les trasladaba a cualquier lugar de mundo, donde les ocurrían cosas que de igual modo podría haberles sucedido en un sitio completamente opuesto.

Así era su forma de trabajar. Suponía que ni siquiera la visita a la

Cámara de los Horrores de *Madame* Tussaud, a la siniestra Torre de Londres, con su macabra historia, y ahora el falso *estudio* de Holmes, montado por un buen escenógrafo, sobre el clima creado por su autor, iban a cambiar en gran cosa su estilo ni sus hábitos. Seguiría siendo tan mediocre escritor, se dijo, como antes de cruzar el océano. Pero tampoco ambicionaba milagros. Sólo pretendía ser fiel consigo mismo y con sus lectores. No sería nunca un premio Pulitzer o un Nobel, ciertamente. Pero al menos no habría traicionado a quienes adquirirían una de sus obras de aventuras y de intriga. Les daba justamente lo que ellos esperaban de él. Intentar ambientarse, hacerse algo mejor, dentro de su línea habitual, no era sino resultado de ese afán de honestidad profesional de un escritor que, aunque limitado a ediciones *pulp*, pretendía siempre lo mejor. Se encaminó finalmente a la salida de la casa convertida en museo. Se sentía como un visitante que hubiera acabado de entrevistarse con el gran detective, consultándole un caso complejo. Sin saber la razón, se volvió al guía, que avanzaba tras él, al frente del resto del grupo que se movía por el interior del curioso museo.

—Si Sherlock Holmes hubiera existido..., ¿cómo se supone que hubiera muerto?

El guía le miró, perplejo, realmente desorientado por tan insólita pregunta. Luego se encogió de hombros, manifestando ambiguamente:

—Pues... no sé. Si no existió..., ¿cómo iba a morir, señor?

—Se ha reconstruido su mundo. Y casi, casi, su vida en gran parte. ¿Por qué no su muerte? —insistió el joven americano—. Y a todos los problemas planteados por toda esa documentación verídica, colocada para dar ambiente al museo, ¿se les dio la adecuada solución?

Los demás visitantes intercambiaron miradas irónicas. Hasta el guía sonrió ahora burlonamente. Parecían haberse dado cuenta de que el curioso era un turista. Además, un turista americano. ¿Qué no se puede esperar de los americanos?

—Mire, señor, yo trabajo aquí como guía, simplemente —explicó, tratando de evadirse de la cuestión lo mejor posible—. Me han enseñado a que explique los detalles de ese decorado, pero nada más. He leído, como supongo que usted habrá hecho, algunas novelas de Sherlock Holmes. Eso es todo. Una vez, su autor lo mató.

Moriarty era el asesino, ¿recuerda? Y el público le obligó al autor a resucitarlo, indignado por tal decisión[2]. Respecto a la auténtica muerte final del personaje... me temo que su autor se le adelantó en ese último viaje. Respecto a la documentación de que habla, nada sé sobre ella. Por aquí, caballeros, por favor. Buenas tardes. Y gracias. Muchas gracias por su visita...

Era el final del recorrido. Cortésmente, el guía le dejó en la acera de la calle Baker. Los demás turistas se dispersaron también, haciendo entre sí algún comentario irónico sobre la pregunta de Shylo Harding. Éste hizo un gesto resignado, y echó a andar calle abajo, hacia una parada del autobús. Alguien le había dicho que si quería conocer una ciudad jamás utilizara el taxi, sino el autobús o el tranvía.

—Por favor, señor...

Se detuvo. ¿Era a él? Giró la cabeza. Sí. Era a él. Lo llamaba una mujer. Una joven desconocida, en el umbral mismo del Museo de Sherlock Holmes. Inglesa, sin duda. Pelo algo rubio, rizado. Ojos azules, casi grises. Esbelta, bien formada. Firmes caderas, piernas largas. Estupendos pechos, bajo un suéter deportivo, con un estampado a la moda.

—¿Desea algo, señorita? —se interesó Shylo Harding.

—Sí, creo que sí —ella, resueltamente, caminó hacia él. Si caminaba con igual firmeza por la vida que sobre la acera de Baker Street, era evidente que la chica no resbalaría fácilmente—. Es usted extranjero, ¿verdad?

—Eso es —sonrió Shylo—. Todo el que no es inglés, es extranjero en Inglaterra. Pero no soy europeo. Vine de América. De Nueva York, señorita.

—Lo suponía. No es que tenga nada especial que le catalogue como americano. Fue su pregunta...

—¿Mi pregunta? —Sí. Sobre la muerte de Sherlock Holmes... y esa documentación.

—¡Oh, eso...! —Harding sonrió, inclinando la cabeza—. Creo que no fue nada oportuna. Debo haber parecido un patán a mucha gente. Pero sentí cierta curiosidad... Algo me impulsó a hacer esas preguntas...

¿Algo? —Ella le miró vivamente, con gesto sorprendido—. ¿Qué, exactamente?

—Pues... no lo sé —su sonrisa se amplió—. ¿Es tan importante, después de todo?

—Quizá no —el suspiro de ella, ahora, tenía algo de decepción—. Lo cierto es que trabajo aquí hace unos meses, en el museo. Me ocupo de su limpieza y cuidado. Siempre he sido una gran admiradora de las novelas de Holmes. Y me preocupan unos datos que hallé en esa documentación a que aludió. También yo me hice algunas veces esas preguntas. Quizá por ello... Bueno, olvídelo. Ambos debimos comprender que quien nunca ha existido... nunca pudo morir. En cuanto a esa documentación...

—Sí, claro —admitió Shylo, pensativo—. Pero... pero lo cierto es que sigo haciéndome la pregunta, aunque no quiera. Es como si alguien me la hubiera sugerido...

¿Era imaginación suya, o los ojos azul-grises de la muchacha brillaban con repentina excitación? Su voz también tenía una rara nota anhelante.

—¿Quién pudo sugerírselo? ¿Habló usted con el guía, con los demás turistas...?

—No —suspiró Shylo—. Fue... fue una idea, un pensamiento repentino... mientras contemplaba la colección de recortes... y el diploma del supuesto doctor Watson, señorita...

—Eileen —dijo ella, sin dejar de mirarle—. Mi nombre es Eileen.

—El mío es Shylo. Shylo Harding... Soy escritor. Novelas policíacas y todo eso —sacudió la cabeza, riendo—. Pero no se haga ilusiones. No soy famoso. Ni siquiera soy un buen escritor.

—Es curioso.

—¿Qué es lo curioso? —Se intrigó el joven americano, sorprendido.

—Su nombre... ¿Se ha dado cuenta?

—¿Qué tiene mi nombre de raro?

—Se llama Shylo Harding... sus iniciales... S.

H. Son

las mismas..., las mismas de Sherlock Holmes...

—Bueno, a veces se dan esas coincidencias —rió Harding, haciendo un gesto—. La verdad es que nunca se me había ocurrido pensarlo. Ni creo que tenga gran importancia...

—No, claro que no.

—¿Por qué seguía ella mirándole de aquel modo tan fijo, tan raro? Tras una pausa, la joven sonrió, algo forzada al parecer, y añadió,

volublemente:

—Bueno, no le molesto más... Ha sido un placer, señor Harding. Si desea volver al museo, dígamelo. Puedo facilitarle una invitación que le permitirá ahorrarse unos chelines... ¿Dónde se la envió?

—Me alojo en el Hyde Park Hotel —informó Harding—. Gracias por esa invitación. Nos veremos por aquí, en tal caso.

—Hasta entonces, señor Harding. Y siga pensando en ello...

—¿En qué? —indagó Shylo, antes de alejarse.

—En lo que le preocupó antes... ¿Cómo pudo morir Sherlock Holmes, de haber existido? ¿Enfermo, de accidente repentino... o asesinado? Valdría la pena tener una respuesta... Pero el autor ha muerto. Y, como usted dijo, el personaje nunca existió...

—Elemental, mi querida señorita Eileen —sonrió Harding, agitando una mano y alejándose de ella hacia la parada del autobús, en Marylebone Circus, precisamente muy cerca del Museo de Cera de *Madame* Tussaud, optando por el transporte de superficie en vez de utilizar el rápido Underground londinense, que tenía dos bocas de acceso justamente con el nombre de Baker Street en la estación.

Pero mientras el alto, rojo autobús de dos pisos, tradicionalmente británico le conducía de regreso hacia Hyde Park, Shylo Harding pensó en aquella muchacha Eileen. Y en la coincidencia de sus iniciales, que hasta entonces no había siquiera imaginado.

Y, sobre todo, en la extraña, inexplicable razón que le llevó a preguntar al guía sobre aquel absurdo tema: «Si Sherlock Holmes hubiera existido..., ¿cómo habría muerto?».

La joven Eileen había sugerido tres posibilidades muy lógicas. Cualquiera de ellas le hubiera servido a su autor para terminar con su héroe: una enfermedad, un accidente... o un asesinato. También había hablado de unos datos sobre los que parecía sentir un especial interés...

Esas ideas seguían siendo ridículas y sin sentido. Estaba especulando sobre algo que nunca ocurrió. Algo que, como sus propias ficciones literarias —salvando las distancias, eso sí—, era sólo un mundo de papel y de tinta de imprenta. Nada más que eso...

Olvidó el asunto, para sumergirse en el encanto que Londres guarda para cualquier visitante. Y quizá lo hubiera olvidado para siempre, de no recibir aquel telegrama en el hotel, a su regreso tras una larga

y agotadora excursión por la ciudad.

—Es para usted, señor Harding —dijo el conserje del Hyde Park, tendiéndole el sobre cerrado de la oficina telegráfica.

Sorprendido, examinó el telegrama. La dirección y el nombre eran correctos. Pensó en su editor, allá en Nueva York, en algún amigo... Pero no esperaba noticias urgentes de nadie.

Cuando abrió el telegrama y descubrió que su punto de origen era el propio Londres, su asombro no tuvo límites. Bajó la mirada, hasta leer el asombroso y breve texto que le mostraba el telegrama:

«Uno de los personajes auténticos, fue víctima de un error judicial y murió ejecutado».

«*Watson*».

CAPÍTULO II

Encendió un cigarrillo. Paseó por el dormitorio, pensativo.

No podía dormir. Lo había intentado. Pero tuvo que levantarse, maldiciendo entre dientes por su insomnio. Cansado como estaba de deambular por todo Londres, resultaba sorprendente su total ausencia de sueño.

Se sirvió un *bourbon* de la botella que trajera consigo. Lo prefería al scotch, al menos en este momento. Del frigorífico-bar de la habitación, se sirvió unos cubos de hielo. Tomó un sorbo. Caminó hasta la ventana, contemplando la oscura vista de Hyde Park en la noche sin niebla. La niebla de Londres, el tópico que ya no existía... Recordaba noches mucho más neblinosas en el propio Nueva York. El telegrama continuaba allí. Arrugado sobre la mesa. Con su absurdo texto. Y con su increíble firma: «Watson».

Watson... ¿qué? ¿Quién era Watson? ¿Acaso el célebre doctor? Desde luego, no creía en fantasmas. Si Holmes no existió nunca, tampoco el doctor Watson. Su pregunta fue motivada por un afán de llevar la ficción a su último extremo. Además, estaba en 1970. Hacía cien años de la época en que los dos personajes vivieron su existencia literaria. Y de haber existido, haría al menos sesenta años de su muerte, por viejos que hubieran llegado a ser.

Además..., ¿por qué se dirigían a él con aquel grotesco telegrama? ¿Quién conocía su interés en el asunto? Que recordase, sólo el guía y la chica de la puerta, Eileen... Y los demás turistas, claro. Pero éstos se habían dispersado, sin hacerle más caso. El guía tampoco sabía nada de él ni de sus señas en Londres. Shylo se dio un manotazo en la frente. Soltó una breve imprecación entre dientes.

—¿Por qué no lo he pensado antes? —Gruñó—. ¡Esa chica! Una broma pesada la suya, no hay duda... Sabe mi nombre, sabe dónde me alojo... y quiso demostrarme su sentido del humor, en vez de enviarme su famosa invitación... Seguro que fue así. Volveré a ese museo. Y hablaré con ella... Va a saber ella lo que pienso yo de sus graciosos juegos...

Apuró el *bourbon* y aplastó su cigarrillo en el cenicero, regresando

a la cama, con la convicción de que ahora le sería más fácil conciliar el sueño.

Logró dormir, ciertamente. Pero soñó. Tuvo pesadillas. Pesadillas que tenían lugar en una calle sumida en espesa niebla, con farolas de gas, con el suelo charolado por la humedad, en una noche sombría y lluviosa... Era la calle Baker. Y un hombre con un macferlán a cuadros y gorra también a cuadros, venía hacia él, alto, pálido y espigado. Con una rara frialdad en sus penetrantes ojos, recortándose su afilado perfil contra el halo amarillento de uno de los faroles de gas de la calle...

Luego, sonaba un grito agudo, terrible. Y la figura alta y delgada desaparecía en la niebla. Un carruaje se alejaba, y unas luces brillaban allá, tras la ventana del número 221 de la calle Baker...

Shylo despertó en ese momento, bañado en sudor. Tuvo que levantarse de nuevo. Pero por fortuna, ya no volvió a tener pesadillas cuando regresó al lecho y se quedó dormido.

Pero al día siguiente se presentó en Baker Street de nuevo. Abordó al guía, que le miró con sorpresa.

—¿Usted otra vez aquí, señor? —le preguntó, perplejo—. ¿Tanto le gustó?

—No venía a ver el museo. Buscaba a la señorita Eileen...

—¿Oh, Eileen? —Hizo un gesto, encogiéndose de hombros—. Es raro, señor.

—¿Raro? ¿Por qué? —Hoy mismo dejó su trabajo aquí... Pero ahora que recuerdo... Espere, dejó algo para usted. Sí, seguro. ¿Es usted americano y se llama...

Harding?

—Sí. ¿Qué dejó para mí?

—Esto —el guía extrajo de su bolsillo una cartulina doblada—. Es una invitación para que visite este museo sin pagar... Creo que anotó algo ahí...

Shylo desplegó la cartulina. Sólo había unas palabras en un ángulo de la invitación:

«No olvidé mi promesa. Perdone que no le enviara su invitación. Debo ausentarme de Londres con urgencia. Estoy segura de que vendrá aquí, y Charles le entregará la invitación. Atentamente».

«Eileen».

El americano guardó la invitación. Hizo un gesto negativo al guía, que esperaba.

—No, ahora no entraré. Tengo cosas que hacer. Ya nos veremos.

Se alejó. Iba pensando en algo que no tenía sentido. Eileen se había ido. Y por lo escrito en la cartulina de invitación, estaba seguro de que ella nada tuvo que ver en el envío del telegrama. Entonces..., ¿quién y por qué?

Las calles de Londres le ofrecían su abigarrado encanto, mezcla de colorido y del gris de fondo de la ciudad del Támesis. Pero no le ofrecieron respuesta alguna.

* * *

Shylo abandonó New Scotland Yard, siguiendo a pie por Victoria Embankement, hacia Waterloo Bridge. Había sido una visita más. Y muy productiva.

Llevaba su bloc de notas repleto de apuntes obtenidos en la central policíaca más famosa de mundo. Los agentes e incluso los inspectores de la policía londinense se habían apresurado a facilitarle datos e informes sobre su organización, para que él pudiera aprovecharlos en su trabajo literario futuro. A esos apuntes unía folletos, publicaciones y boletines de New Scotland Yard, muy útiles para su tarea. Se llevaba una grata impresión de los miembros de la célebre policía inglesa.

Caminando por la ribera del Támesis, contemplaba los pintorescos edificios británicos, recortándose sobre la ya acaso inexistente bruma de la capital inglesa, que había dejado de ser un tópico, para convertirse en simple utopía de otros tiempos. Allá en la distancia, Somerset House, y alrededor suyo, las Oficinas del Gobierno, el Almirantazgo, la Abadía de Westminster, y allá, al otro lado del río, el Hospital de Santo Tomás, el Colegio Médico y el London *Country* Hall.

Era Londres. El Londres que todo turista espera encontrar al llegar de América. Pero sin nieblas, fantasmas ni noches tétricas y amenazadoras, como en tiempos de la literatura victoriana. Shylo

Harding se hubiera llegado a sentir decepcionado... de no ser porque acababa de visitar New Scotland Yard. Y porque había visitado ya las figuras de cera de la Cámara de los Horrores de *Madame Tussaud*, la Torre de Londres y... el íntimo, y peculiar museo del 221 de Baker Street.

Aquello sí era el Londres que él esperaba. Aunque formaron una serie de tópicos inefables, superados por una época muy diferente, que incluso había arrumbado ya en el rincón de los recuerdos a los Beatles y las modas informales de The Apple, o las prendas fáciles de adquirir en Portobello o en Soho.

Shylo, de repente, dejó de pensar en todo ello. Se detuvo en Whitehall Court Gardens, mirando repentinamente hacia atrás. Clavó su mirada en un punto determinado, con expresión cauta.

¿Era imaginación suya... o alguien le seguía?

Trató de descubrir a cualquier persona sospechosa en las pocas que circulaban por el Embankement. Un par de hombres con gorra gris, y aspecto de estibadores portuarios... Un individuo alto, con impermeable, color calabaza, y paraguas tradicional... Una mujer pelirroja, vestida con breve minifalda sobre unos muslos muy bien torneados... Más allá, tres o cuatro niños, gritando y dando patadas a una pelota de goma...

Sacudió la cabeza. Evidentemente, algo le estaba influyendo demasiado últimamente. No era cierto. Nadie le seguía. Nadie le vigilaba. Además, era una idea totalmente absurda. Él era en Londres un perfecto desconocido. No existía razón alguna para que persona alguna pudiera vigilarle.

Siguió adelante. Al llegar a Waterloo Bridge, subió hacia Aldwych, por Lancaster, y se encontró en Drury Lane, camino de New Oxford Street.

Se tomó un *whisky* con hielo en un *pub*, rodeado de melenudos muchachos británicos que hubiesen escandalizado, sin duda alguna, al universo remoto y austero de Holmes. Eran otros tiempos, y a veces costaba trabajo imaginar que hacía solamente 70 años o poco más, de aquella época tan diferente, con luces de gas, carruajes de caballos y calles empedradas.

El *whisky* le abrió el apetito, y se resolvió a buscar un restaurante o, cuando menos, un *snack* bar, donde satisfacer su hormigueo del estómago. Fue al salir del *pub*, saturado de humo, música y olor a

cerveza, cuando tuvo de nuevo la extraña sensación.

Le vigilaban. Le seguían.

Se paró en seco ante un escaparate. Miró alrededor, curioso, pero fingiendo abstraerse en la contemplación de una *sex-shop*

repleta en su escaparate de publicaciones porno, muñecas hinchables y diversos objetos eróticos, más o menos divertidos.

Un cura anglicano pasó rápido junto a la tienda del sexo, sin mirar siquiera. Shylo dominó una sonrisa. En una esquina descubrió a dos muchachas que reían, junto a la puerta de otro *pub*. Más allá, un hombre con impermeable, sombrero hongo y paraguas. Pero no era el mismo de antes. Éste, llevaba un impermeable gris perla, más bien corto. Y el tipo era más grueso y colorado. Más allá, ante un puesto de periódicos, una chica pelirroja, con pantalones tejanos y blusa estampada con motivo pop adquiría una publicación musical moderna.

Shylo sacudió la cabeza. Se dispuso a seguir, convencido de que empezaba a sufrir alucinaciones. Y se paró otra vez, de repente.

—¡La pelirroja! —exclamó roncamente.

Se volvió en redondo. Ella había iniciado su marcha tras él, ojeando distraídamente el magazine musical.

Era la misma. Sólo que no llevaba ya minifalda, como en el Embankement, sino tejanos muy ceñidos. Pero eso no importaba. El rostro era idéntico. La reconoció.

—¡Eh, usted! —llamó rápido, dando media vuelta y dirigiéndose hacia ella con veloz zancada.

La pelirroja no espero a nada. Se limitó a tirar el magazine musical en una papelería, y echó a correr sin más vacilaciones. Eso demostró que Shylo estaba en lo cierto. Pese a que se precipitó en pos de la pelirroja con toda su rapidez posible, los demás transeúntes dificultaron su marcha, y la muchacha parecía tan ágil como perfecta conocedora del terreno que pisaba. Desapareció por una calle adyacente a High Hall Born, sin que Shylo lograra otra cosa que fatigarse en la carrera, teniendo que detenerse, jadeante, a la altura de Shaftesby, sin hallar ni el menor rastro de la muchacha.

Recordó su rojo cabello, sus ojos grises, casi verdes, y la firmeza de sus fuertes y llenos muslos. Con minifalda o con tejanos, tenía una figura turbadora y llena de atractivos. Pero se había perdido en el

torbellino de Londres con suma facilidad.

Shylo Harding reflexionó, con gesto preocupado, sobre los sucesos de aquel día. Primero, estaba el misterioso telegrama firmado por Watson. En segundo lugar, la ausencia de Eileen, la chica del Museo de Sherlock Holmes, y única que conocía sus señas en la capital inglesa. Ahora, la sensación de sentirse seguido, vigilado... y la fuga de la pelirroja bella y desconocida, como confirmación de que era algo más que un presentimiento. ¿Por qué todo aquello? A su juicio, no tenía el menor sentido...

Su regreso al hotel fue lento y malhumorado. Se detuvo en un restaurante a cenar. Tomó un consomé y una chuleta de cerdo con puré de patata, regado todo ello con una excelente cerveza «Watneys».

Después de eso, no se sentía capaz de buscar diversiones nocturnas en Londres. Sus visitas turísticas del día habían logrado fatigarle ligeramente. Sería mejor descansar por aquella noche y pensar en divertirse en las siguientes.

Después de todo, Shylo Harding no podía pensar que aquélla iba a ser la última noche que fuera, realmente, dueño de sus actos. A partir de entonces, todo iba a cambiar mucho en su existencia.

Cuando entró en el hotel, el conserje le entregó su llave, con una sonrisa. Luego, echó una ojeada a la casilla correspondiente y le avisó:

—¡Ah, señor Harding! ¡Un momento, por favor! Tiene usted un certificado...

—¿Un... Qué? —indagó el joven americano sorprendido girando la cabeza.

—Un certificado. Viene a su nombre. Lo firmamos nosotros a su recepción... No llegó por correo, sino por mensajero...

Asombrado, Shylo observó el voluminoso sobre de papel manila, con un resguardo amarillento adherido en un ángulo, con el nombre de una empresa de mensajerías urbanas urgentes. Leyó su nombre, perfectamente escrito, con letras mayúsculas y rotulador, sobre el papel del envoltorio. Figuraba también el nombre del hotel.

—Gracias —dijo gravemente, tomando el paquete. Lo sopesó. Además de voluminoso, pesaba bastante. Debía contener numerosos folios, a juzgar por su apariencia—. ¿No dejaron ningún mensaje con esto?

—No, ninguno, señor —replicó el conserje, sacudiendo la cabeza negativamente.

—Ya; gracias... —Se encaminó hacia al ascensor, estudiando perplejo aquel voluminoso sobre, de tamaño folio—. ¡Cielos!; no entiendo una sola palabra...

* * *

Estaba ya acomodado en la habitación, con su puerta cerrada, y un *whisky* sobre la mesa, con el vaso repleto de cubitos de hielo, cuando renunció a contemplar un programa en el televisor en color, para rasgar cuidadosamente el sobre y extraer de su interior el contenido.

No había texto alguno ni mensaje anexo al envío. Éste constaba de una serie de folios, cosidos con bramante, y cubiertos con unas toscas tapas de cartón color calabaza.

Asombrado, sin dar crédito a sus ojos, leyó lo que se había escrito sobre la portada color calabaza:

«ÚLTIMO MANUSCRITO DE JONH F. WESTON. LONDRES, 1897».

—Qué raro... —musitó para sí, sacudiendo la cabeza, perplejo—. Debe tratarse de alguna equivocación.

A pesar de ello, alzó la tapa color calabaza, de vieja cartulina húmeda. Pestañó. El papel de los folios allí cosidos era amarillento por el tiempo, gastado y humedecido en sus bordes y cantos...

Una letra apretada, culta, cuidadosamente trazada, con tinta violeta, destacaba sobre el papel que el tiempo hiciera amarillear. Era la forma de escribir de un hombre minucioso, metódico y sin nervios, capaz de servir de amanuense y de historiador a la vez, sin imaginación para crear nada de su cosecha, pero con fidelidad rigurosa para ser totalmente fiel a lo que allí transcribía.

Fascinado, Shylo Harding se dejó caer en su asiento, olvidando incluso su *whisky*, para comenzar a leer aquellas prietas líneas, cuidadosamente trazadas sobre el papel por un hombre habituado a reflejar así cuanto la vida le permitía conocer por experiencia propia. Un sutil escalofrío, entre admirado y confuso, agitó a Shylo Harding, el joven americano, cuando sus ojos siguieron unas líneas,

sólo las primeras, de aquel texto prodigioso, de aquel manuscrito que sólo podía corresponder a una persona en cuya existencia él jamás creyó...

Como si algo intangible e inmaterial se solidificase de repente ante él, cobrando vida lo que siempre fue una simple leyenda, las palabras, las frases, las líneas todas del manuscrito increíble, cobraron forma ante los ojos fascinados de Shylo:

Creo que nunca podré olvidar aquel día en que mi amigo Hakes recibió la carta y se volvió a mí, diciendo ambiguamente:

—Mi querido amigo, al fin recibo noticias muy esperadas... Vamos a tener que emprender un viaje a cierto lugar de este país, particularmente inhóspito y desagradable, para tratar de desenmascarar al peor y más feroz de los asesinos que jamás encontramos en nuestro camino...

—¡Oh, Hakes...! —dije yo, sorprendido—. Creí que nos esperaba un invierno apacible, aquí en Londres, preparando el material para esas Memorias que debemos ordenar y agrupar debidamente...

—Y así hubiera sido, mi querido amigo, de no ser por el caso de los degollados...

—¿Los degollados? —protesté—. ¡Si ya hay un convicto que va a ser ajusticiado por ellos!

—Lo sé. Por eso debemos darnos prisa. Mucha prisa, Weston. De nosotros depende que ese pobre diablo de Terence Carter no termine, injustamente, sus días en la horca.

—¿Quiere decir que Terence Carter es...?

—¿Inocente? —El rostro pálido y flaco de mi amigo se iluminó con una apacible sonrisa—. Sí, mi buen doctor. Mucho me temo que, de no apresurarnos lo suficiente por aclarar el asunto lo antes posible, ese infortunado termine en el patíbulo sin haber sido culpable de nada... Vamos,

prepararé todo. Tenemos que salir de viaje esta misma tarde... Y cuando Hakes decía algo así, había que hacerlo. Me estremecí, porque la tarde, además de oscura, era fría y lluviosa. El viento lanzaba ráfagas de agua contra las vidrieras del estudio, y la idea de abandonar aquel confortable lugar, donde crepitaban alegremente los leños de la chimenea, para lanzarnos en un infernal viaje a sólo Dios sabía dónde, me causó todos los terrores del mundo. Y eso que yo, por entonces, no podía saber lo que nos esperaba en el término de nuestro malhadado viaje. Cuando abandoné con mi amigo el edificio del 221 de Baker Street, no podía imaginar en modo alguno que era la última vez que ello sucedía. Y que, en consecuencia, este de ahora, el que ahora empiezo, con dolor y amargura, tendría que ser... mi último manuscrito sobre la vida maravillosa que conocí al lado del más notable y sorprendente de todos los hombres...

Así comenzaba John F. Weston su manuscrito. Su último manuscrito, como él decía...

Shylo Harding siguió leyendo la sorprendente historia, absorto en el relato que, por vez primera, llegaba a su conocimiento a través de la propia letra, del relato del hombre que la había vivido directamente, más de setenta años atrás... colaborador de un hombre que, extraña coincidencia, vivió en el mismo edificio donde ahora se hallaba el célebre museo.

Relato que comenzaba con la historia de los feroces crímenes de un degollador... Unos crímenes que se iniciaron en Londres, y por los que fue sentenciado a muerte un hombre llamado Terence Carter.

Se iniciaron en Londres, ciertamente, pero prosiguieron luego en otro lugar de Inglaterra. Aunque el manuscrito de John F. Weston, se refería, en principio, a los que abrieron el sangriento caso: justamente en Londres, en 1897... Así comenzó todo. Y así lo refería el manuscrito.

CAPÍTULO III

Era un invierno particularmente crudo. Quizá el peor en los últimos cinco años, al menos en el área de Londres.

Las lluvias, el viento y las bajas temperaturas, hacían causa común con las densas nieblas. Era rara la persona que, tras oscurecer, se atrevía a circular por la capital en semejante serie de inclementes noches.

Y, sin embargo, siempre había alguien que deambulase aisladamente por las calles, guareciéndose de la lluvia con un paraguas, o caminando pegado a los muros, para que los salientes y las marquesinas sirvieran de protección contra el aguacero.

Alguien que podía ser víctima de cualquier agresión criminal, en el peligro que suponían las calles de Londres, entre niebla, llovizna, oscuridad, y débiles farolas de gas, dispersas de trecho en trecho, apenas sembrando un halo de luz fantasmal en torno.

De ese modo, empezaron los crímenes del Degollador...

El Degollador no tuvo desde un principio lugar concreto de acción. Comenzó en Blackfriars, en enero de 1897, para continuar en Soho en febrero del mismo año, y saltar luego a Whitechapel, en los inicios de un gélido e inclemente marzo de aquel siniestro 1897, para terminar su periplo inexplicable otra vez en Blackfriars, pero ahora cerca de London Road, muy al sur de Támesis y del puente, en una especie de círculo cerrado que volvía a encajarse tras una serie sangrienta de cinco asesinatos feroces, casi salvajes.

Siempre con un degollamiento. Siempre en una víctima solitaria e indefensa. Pero sin el sexo que definía, por ejemplo, años atrás, los famosos crímenes de Jack *the Ripper*, en la zona de Whitechapel. El Degollador, por contra, cuándo visitó Whitechapel en su serie sangrienta, lo hizo en la parte alta, casi en Spitalfields, como queriendo huir de cualquier comparación con el famoso destripador de ramerías.

Además, el Degollador asesinaba hombres y mujeres, sin distinción. Sus motivos, en realidad, eran oscuros enigmas para los agentes de Scotland Yard, con el inspector Ian Jameson, un duro escocés a

quien le dieran a su cargo el terrible caso.

La primera víctima del Degollador, hizo pensar en un nuevo Destripador. Pero sólo fue un falso espejismo, ya que el hecho de ser una chica de vida pública, en busca de alguien a quien llevarse a la cama aquella inclemente noche fría y lluviosa, fue solamente casual en apariencia. Le siguió un vagabundo que tocaba un manubrio por las callejas del Soho, y que apareció con el cuello cortado de oreja a oreja, apoyado en su caja musical, junto a un sórdido callejón repleto de basuras, en enero de aquel año.

La tercera víctima fue un joven enamorado que había acompañado a su prometida hasta su casa, tras salir de un concierto, en un humilde pero honesto barrio de la zona sur de Spitalfields. Y en el propio Spitalfields, cayó la cuarta víctima, un párroco de la iglesia de Fournier Street, bestialmente asesinado en los jardines de su parroquia. Finalmente, la quinta víctima cayó en Blackfriars, de nuevo, y fue una mujer de mediana edad, encargada de la limpieza de una escuela femenina, que iba a iniciar su trabajo en el recinto, cuando mayor era el aguacero de aquella madrugada oscura e inhóspita.

Ésa fue la trayectoria de los crímenes del Degollador. En todos los casos, el asesino utilizó algo que, en principio, pensaron todos era un vulgar cuchillo un poco dentado. Pero la autopsia demostró luego que no era así. El arma usada era sorprendente, extraña.

El asesino utilizó, en todos los casos, una especie de tenedor o de pequeña horca de dos púas muy afiladas, como para trincar carne. Aquél arma curva, desgarradora, se ocupó de reventar cinco humanos, de lado a lado, con cortes y destrozos horribles.

Inicialmente, no había culpable concreto. Luego... apareció el arma del crimen. Justamente tras el quinto asesinato. En la zona sur de Blackfriars, junto a London Road.

Era, ciertamente, un tenedor curvo, especial para trincar cierta clase de carnes, como pollos, cameros, pavos y cosas así. Con mango de madera, afiladísimas y curvadas púas, igual que una diminuta y terrible horca de acero. Se halló en un colector entre fango y sangre. También la sangre empapaba las púas de acero, en cuyas puntas se veía fragmentos de piel y de músculos humanos desgarrados. El mango de madera, totalmente enrojecido con la sangre, al ser lavado por los médicos del centro forense, reveló dos

iniciales en plata, incrustadas en la oscura madera. Esas iniciales eran T.

C. Iba

a ser el principio de una pista muy concreta, que llevó a la detención de un sospechoso.

El inspector Jameson era un hombre honesto, obstinado y metódico. Paulatinamente, sus averiguaciones fueron enfilando un camino que condujese a un posible culpable que respondiera a los datos reunidos hasta entonces.

Y así fue, justamente cuando se cometió el sexto crimen. Era otro degollamiento, pero, sorprendentemente, esta vez no fue en Londres, sino en un lugar tan alejado como los marjales de Helmsey, Condado de York, donde tuvo lugar el nuevo asesinato.

Y, una vez más, el arma era la misma utilizada en las calles londinenses durante los tres primeros meses de 1897. Justamente en abril de ese año, un joven labriego, encargado de las caballerizas de la familia Trevor, en Helmsey, fue hallado muerto en los establos, con el cuello desgarrado. El constable del lugar, informó a Scotland Yard, y el inspector Jameson emprendió viaje a Yorkshire, para averiguar lo ocurrido. Evidentemente, era la sexta víctima del mismo criminal. Todo coincidía. Los forenses estuvieron de acuerdo en eso. Y fue hallado otro tenedor trinchante, afiladísimo, bañado en sangre, entre el heno del establo. Esta vez, al ser lavado, ofrecía una sola inicial en plata sobre la madera oscura: la letra T, bordada con arabescos. Era el emblema de los Trevor.

Así se llegó a la aparente solución real del caso. Porque precisamente la mansión de los Trevor se alzaba cerca de los marjales, al norte de Helmsey. La bruma de los siniestros pantanos del Yorgshire, llegaba frecuentemente a sus límites, enroscándose como sierpes de vapor viscoso, sobre la oscura, húmedas piedras de la mansión señorial.

Al servicio de los Trevor, estaba un hombre llamado Terence Carter. Era secretario particular de *sir* Nigel Trevor, el mayor de los Trevor. Además de secretario suyo, era encargado de los servicios de la residencia, tanto en Helmsey como en Londres.

Lo curioso es que los Trevor habían residido justamente hasta aquella semana en Londres, trasladándose a Helmsey dos días antes de aquel atroz asesinato. Las sospechas del inspector Jameson,

insensiblemente, fueron concretándose en Terence Carter, cuyas iniciales coincidían con el tenedor afilado hallado en Londres, junto a la última víctima...

Por desgracia, no le arrestó a tiempo, a juicio de sus jefes de Scotland Yard. Y cuando quiso hacerlo, ya era tarde. Había una segunda víctima en York, que era la séptima en la lista sangrienta del criminal...

Una joven doncella al servicio de los !, familia vecina de los Trevor, tanto en Londres como en Helmsey, fue hallada con la garganta desgarrada, en las cercanías del llamado Gran Marjal de Helmsey, el mayor y más peligroso de los pantanos de la región. Esa muchacha era Judy Kane, y prometida de Terence Carter, que resultó ser viudo de su primera esposa. Pese a los llantos y desesperación de Carter, éste fue formalmente acusado por la ley, y arrestado por el constable, que lo trasladó a Londres, reclamado por Scotland Yard.

En su procesamiento, no pudo ofrecer coartadas ni justificar ausencias, y fue finalmente sentenciado a muerte, como autor de los siete asesinatos cometidos por el llamado «loco del tenedor trinchante». Los Trevor trataron de ayudarle en todo lo posible, incluso pagando a uno de los mejores abogados de Londres para que le defendiera, pero todo resultó inútil y Terence Carter fue sentenciado a la horca, basándose sobre todo en antecedentes psiquiátricos suyos, y una reclusión, tiempo atrás, al enviudar, en un sanatorio para enfermos mentales, que dio informes negativos sobre él, eludiendo a su agresividad natural. De nada sirvió que Carter jurara una y mil veces haber sanado de sus desequilibrios anteriores. Nadie le hizo caso. Y se fijó su fecha de ejecución.

* * *

Shelby Hakes, detective privado, entró en el caso de una forma inesperada.

Tuvo una visita muy especial, pero poco después de haber sido condenado Terence Carter a la pena capital por el tribunal del Condado de York. Y allí comenzó el que había de ser su último caso. El visitante se llamaba *sir* Christopher Trevor. Era el joven dueño de Trevor Mews. El patrón de Terence Carter y de Judy Kane, la última víctima del misterioso asesino del tenedor trinchante. Estaba recién

casado con su prometida de siempre, la actual *lady* Viveca Trevor, de soltera Viveca Barrett, de los Barrett de Londres. Dos familias distinguidas que se aliaban por el lazo del matrimonio. Algo muy peculiar en la Inglaterra victoriana.

Llevaban exactamente un año de casados. Primero habían residido en Londres, tras dos meses de viaje de luna de miel a las colonias británicas. Ahora, estaban alojados en Helmsey, junto a su criado Sidney Plummer, su doncella Judy Kane y su secretario particular y encargado de servicio, Terence Carter, así como los miembros menos importantes de la amplia servidumbre familiar.

Las palabras del jovencísimo *sir* Christopher al detective, fueron claras y concretas. Aunque era un hombre muy joven, poseía energía y decisión. Hakes pudo advertirlo al escuchar su opinión personal sobre el caso:

—No creo que Terence Carter sea culpable. Estuvo en un sanatorio psiquiátrico, es cierto. Pero ello fue por el *shock* que le provocó la muerte de su esposa en un desgraciado accidente. Ya sanó de eso. Era un hombre agresivo, antes de ser recluido. Luego, cambió totalmente. Y no creo en los psiquiatras, que afirman que Carter volvió a su agresividad, por impulsos posiblemente sexuales. No creo en absoluto a los psiquiatras.

Hakes se había limitado a escucharle en silencio, sin asentir o denegar a nada. Cuando *sir* Christopher hubo exployado sus sentimientos, evidentemente adversos con los psiquiatras, mostrándose opuesto a la moda de los londinenses, que en la actualidad empezaban a creer demasiado a ciegas en la magia médica de sus especialistas en psiquiatría, acaso influidos por las corrientes que llegaban de Viena, mezclando el nombre de una eminencia como el doctor Sigmund Freud en la moderna medicina psicomental, el detective se frotó su mentón, estudio a su interlocutor atentamente, y se limitó a manifestar con evidente sequedad:

—Por favor, *sir* Christopher, trate de ser más objetivo. Olvide a la psiquiatría y sus modernos adeptos. Dígame, ¿por qué supone que Terence Carter, condenado a la horca por un juez y un jurado imparciales, no es realmente culpable de esos delitos que se le imputan? Si logra convencerme de ello... me tendrá esta misma semana en Trevor Mews, en el Condado de York, esté seguro de

ello.

Esto sucedía un martes. *Sir* Christopher Trevor habló, hasta vaciar cuanto encerraba dentro de sí respecto al asunto. No supo en principio si había convencido o no a su ilustre y hermético interlocutor.

Pero aquel mismo viernes, Shelby Hakes emprendía viaje por ferrocarril, con destino a Helmsey.

Por entonces, faltaban diez días para la ejecución en la horca de Terence Carter.

* * *

Hakes y su colaborador Weston llegaron a Helmsey a primera hora del sábado. Rodney Fox, cantinero de Helmsey —y dueño del único hotel decente que por entonces tenía la pequeña población—, les atendió, contándoles detalladamente los hechos acaecidos en la zona pantanosa vecina de Trevor Mews. La versión no variaba mucho respecto a la ya conocida oficialmente a través de los periódicos, la policía y el propio *sir* Christopher Trevor.

Pero Rodney Fox, joven de veinte años escasos, añadió algunos detalles que los dos detectives escucharon atentamente. Se refirió a Sidney Plummer, el mayordomo y hombre de confianza de los Trevor, también joven y fuera de toda sospecha, al terror creciente que *lady* Viveca sentía al verse en aquella región, residiendo en una tierra que no era de su gusto y que le inquietaba mucho más que Londres... y, sobre todo, en la convicción plena, total, de todos los miembros de Trevor Mews, respecto a la inocencia total de Terence Carter en esos crímenes.

Pese a todo, nada de eso era una evidencia, ni mucho menos, para presentarla ante los tribunales y pretender salvar el cuello de Carter. Los dos investigadores, alojados como invitados especiales en Trevor Mews, empezaron entonces su tarea, que Hakes esperaba llevar a cabo de una manera total en escasos días. Justamente en los pocos de que disponía, antes de que Terence Carter fuese ejecutado en el patíbulo por la justicia británica.

Rodney Fox, el joven cantinero, afirmaba que la mansión de los Trevor tenía fama de estar maldita, desde hacía años, acaso décadas

enteras. Esa impresión, los dos investigadores confirmaron que la sentía también intensamente *lady* Viveca, la esposa joven y amedrentada de *sir* Christopher. Un buhonero ciego, Levine, acompañado de un niño hijo suyo, ciego también, aseguraba lúgubrementemente que un monstruo ávido de sangre pasó un día cerca de él. Lo presintió. Los días comenzaron a pasar con excesiva rapidez. Hakes investigaba, calladamente, y ni siquiera su colaborador sabía lo que pasaba por su mente en aquellas fechas decisivas para un hombre que esperaba ya, trasladado a Newgate, en Londres, el momento de ser ajusticiado. Pero a veces, un extraño brillo en los ojos del gran detective, un gesto entre evasivo y astuto de Hakes, mientras succionaba su curva pipa y gozaba del calor del hogar en casa de los Trevor, o de largos paseos meditativos en las brumas fantasmales y gélidas de los marjales de York, daba a entender que su agudo cerebro trabajaba a toda presión buscando una forma desesperada de salvar la vida de un hombre, si realmente era inocente. O, cuando menos, de hallar la verdad. La única y auténtica verdad que, inicialmente se encerró en los callejones sombríos y brumosos de Londres, y ahora en los parajes de nieblas dantescas y húmedos tentáculos nocturnos de Yorkshire, ocultando la identidad de un siniestro asesino. Un asesino que utilizaba un arma extraña para desgarrar las gargantas de sus infortunadas víctimas: una especie de tenedor trinchante, de dos agudas púas curvadas, capaz de aniquilar a un ser humano en escasos momentos. Fueron frecuentes sus visitas a los alrededores, recorrió las orillas siempre peligrosas de los pantanos, e hizo muchas preguntas a los del lugar. Preguntas que no siempre logró entender Weston, pese a estar presente y seguir atentamente sus métodos como en todos los casos anteriores.

A veces se decía que Hakes, pese a su capacidad de trabajo, su mente lúcida y su increíble sagacidad, ya no era el de antes. Su edad era avanzada —aunque Hakes siempre se mantenía esbelto, enjuto, ágil y vivaz—, y temía que cualquier día pudiera fallarle su capacidad de deducción, significando su primer fracaso.

Pero el otro no parecía pensar lo mismo. Su afán, su capacidad de trabajo era constante. Y hasta parecía optimista a veces sobre el resultado final de sus investigaciones, pese a que, como era habitual en él, no revela detalle alguno a su colaborador. Especialmente, un

día que visitó a Rodney Fox en la fonda de Helmsey, y luego charló larga y amistosamente con un pequeño niño ciego, un mozalbete de diez años, llamado Russ Levine, que acompañaba a su padre, también ciego, buhonero de la región, se mostró particularmente optimista y casi feliz.

Aquella noche cenaron con los Trevor en su salón de gala, porque *lady* Viveca y *sir* Christopher celebraban su primer aniversario de bodas. Sidney Plummer sirvió sobriamente la mesa, como hacía siempre, y Hakes se mostró tan locuaz que incluso contó anécdotas de su juventud, hizo a Plummer preguntas desenfadadas joviales mientras *lady* Viveca tocaba el piano interpretando aceptablemente unas piezas de Brahms y Chopin.

Al retirarse a descansar, Weston estaba seguro de que su amigo conocía ya la verdad, y esa velada había sido su modo algo ingenuo de celebrar la victoria sobre el misterioso asesino. Faltaban sólo tres días para que en Newgate, fuese ajusticiado Terence Carter...

Pero justamente esa madrugada, ocurrieron dos cosas fundamentales en Helmsey y en Trevor Mews.

En la población, el cantinero Rodney Fox desapareció de modo misterioso. Cuando fue hallado, al otro día, estaba muerto. Ahogado en los pantanos, no lejos de Trevor Mews, al parecer de forma puramente accidental, no lejos de su carromato, con el que acostumbraba a viajar a la población cercana, para cargar provisiones para su establecimiento...

Simultáneamente casi, Hakes enfermó en Trevor Mews. Fue hallado casi en coma en su habitación de la residencia.

El médico de la localidad, llamado urgentemente por los Trevor, dictaminó un colapso cardíaco, y estuvo de acuerdo con Weston en que fuese trasladado urgentemente a Londres, para hospitalizarle allí y ser debidamente atendido.

Así se hizo, y Hakes ingresó aún con vida en un hospital londinense. No llegó a recuperarse. A las pocas horas de ingresar, el colapso se repitió, más acentuado y el vecino de Baker Street dejó de existir. Era el invierno de 1897. Un hombre desaparecía para siempre. El doctor de la localidad y otros médicos firmaron su certificado de defunción, y Hakes fue enterrado.

Hasta meses más tarde, cuando ya Terence Carter había sido ajusticiado en Newgate irremisiblemente, no cayó Weston en la

cuenta de que el corazón de su amigo había funcionado hasta entonces perfectamente, y el colapso tuvo mucho de sospechoso. Pero exhumar el cuerpo era una tarea penosa, y quizá, ya completamente inútil. Renunció a esa idea, pero siempre sostuvo la sospecha, el temor de que cometió un error por precipitación. Acaso Hakes murió víctima de algún tóxico capaz de paralizar su corazón súbitamente... solamente su enorme resistencia física impidió que muriese en Trevor Mews, y soportara un traslado a Londres, aunque no pudo recuperarse de la segunda crisis cardíaca, que le resultó fatal.

Todo hombre tiene que morir alguna vez. A él también le había llegado su momento. Pero el doctor John F. Weston, terminaba su manuscrito con una pregunta lacerante que, tal vez, le acompañó hasta su tumba, allá a principios del actual siglo...

¿Descubrió realmente Hakes al asesino de Londres y de los marjales de York? ¿Fue envenenado por el criminal, para que no denunciara su identidad y salvase la vida de Terence Carter?

¿Se llevó él a la tumba el gran secreto de un viejo asunto criminal, de una sangrienta cadena de muertes violentas, por las que pagó un inocente en la horca, allá en 1897?

Eran preguntas que Weston jamás pudo responderse.

Y allí terminaba el manuscrito de John F. Weston.

Con unas preguntas sin respuesta. Con un misterio sin resolver. Con la sensación de que aquel último manuscrito era como un desafío al futuro. Y a quienes en ese futuro leyeran la última parte de su Memorias...

* * *

Los ojos de Shylo Harding se levantaron de las últimas páginas amarillentas del manuscrito. Los notaba irritados, cansados. Y hasta somnolientos.

Había esperado saber más, mucho más, a medida que avanzaba en la lectura de aquel texto lejano. Pero no había solución final. Todo quedaba en el aire. Debía pensar que esta vez no era una novela más, transcrita por su autor, sobre los manuscritos de un médico amigo suyo. Era la verdad, escueta y desnuda. La última verdad sobre el genio de Baker Street.

Cerró el manuscrito, con un suspiro. Lo dejó caer sobre la mesita de su habitación del hotel. Lo contempló, casi incrédulo.

—Dios mío... —murmuró—. Nunca pensé que en un museo de ficción, pudiera hallarse un caso interesante, entre la documentación real, agregada para dar verosimilitud al ambiente. Y recordó aquel título de la prensa: «Terence Carter acusado de varios asesinatos atroces, será ahorcado hoy».

Pero aparte de todo eso, había algo más. Mucho más. Había una antigua y terrible verdad. Un inocente quizá, murió en la horca. Una investigación nunca llegó a terminar. El investigador pudo morir de enfermedad. Pero también asesinado.

Shylo recordó algo. Un telegrama firmado por Watson. Hablaba de una muerte por error judicial. ¿La de Terence Carter? Parecía evidente. Y esa firma había sido utilizada, seguramente por Eileen, para interesarle a él.

Pero volviendo a Hakes... ¿Quién pudo administrarle un veneno, aquella lejana noche en los marjales de York, en la casona señorial, próxima a Helmsey? ¿Porqué apareció ahogado en los marjales un hostelero llamado Rodney Fox?

Eran demasiados misterios. Demasiadas preguntas sin respuesta posible, ahora. Habían pasado setenta y tres años. Ya ninguno de los personajes de entonces existiría. Por lo tanto, ¿a qué conducía ahondar en el pasado?

Personalmente, creía que a nada. Pero alguien pensaba de otra manera. Porque de no ser así, ¿qué significaba el que le enviara alguien, posiblemente la bella cuidadora del museo, el último manuscrito de John F. Weston?

—Sí —manifestó Shylo hablando para sí mismo, en un perplejo gruñido—. ¿Qué mil diablos significa...?

En aquel momento sonó el timbre del teléfono.

Lo contempló Shylo Harding, perplejo, desorientado. Era demasiado avanzada la hora para esperar alguna llamada plausible. Tampoco creía que el personal del hotel pudiera molestarle con cualquier pretexto.

Alzó el aparato bruscamente. Preguntó, con voz seca:

—Shylo Harding... ¿Qué hay?

—Perdone, señor —sonó la voz de una telefonista—. Le pongo con alguien que le llama urgentemente.

—Apenas transcurrieron unos tres segundos, tras un clic breve. Luego, fue una voz de mujer la que sonó a través del auricular, pero ya no era la de la oficiosa telefonista del hotel, sino de alguien de tono apasionado, voz ronca y clara excitación:

—Señor Harding, si ha leído el manuscrito de Weston... ahora ya sabe lo que sucedió entonces. De eso hace muchos años. Pero hay seres que no descansarán tranquilos, en tanto no se ponga todo en claro... y la verdad resplandezca.

—¿Quién habla? —indagó Shylo, hosco—. ¿Por qué me cuenta todo eso?

—¿Sabe usted que los Trevor aún viven, y se trasladan mañana a Helmsey, en el Yorkshire? —replicó la voz, sin poner en claro nada de lo que él preguntaba—. Hay un hombre que va a visitarle esta misma noche... Un hombre que tiene algo trascendental que decirle, sobre ese manuscrito y sobre los antiguos crímenes... Escúchele, se lo ruego. Debe estar al llegar... y lo que él sabe... puede poner en claro muchas cosas que en el pasado jamás se esclarecieron. Sabía que llegaría alguien. Alguien que sería como... como el fantasma surgido de Baker Street. Como el elegido por una sombra del pasado, para reencarnarse temporalmente. Apenas le vi... supe que ese alguien era usted...

—¿Se ha vuelto loca? —protestó Shylo, irritado—. ¿Con quién hablo? ¿Qué trata de conseguir con todas esas tonterías, señorita?

No obtuvo respuesta. Ni podía obtenerla. Sonó un lejano clic. Habían colgado. El silencio fue lo único que brotó del teléfono...

Simultáneamente, llamaron a la puerta de la habitación.

Shylo colgó, brusco, poniéndose en pie de un salto. Miró a la puerta, malhumorado.

—¿Quién diablos llama ahora? —Elevó su voz con tono casi agresivo.

No contestó nadie. En vez de eso, repitieron el golpeteo suave de unos nudillos en la madera.

Ya claramente disgustado con toda aquella sucesión de acontecimientos inexplicables, Shylo Harding se encaminó a la puerta con larga zancada. Le abrió sin más rodeos, encarándose con la persona que llamaba.

—Y bien —dijo abruptamente—, ¿qué busca usted aquí?

El hombre se le quedó mirando fijamente. Abrió la boca, empezó a

balbucear algo, como disponiéndose a hablarle de alguna cosa.

En vez de ello, ante el horror de Shylo, los labios abiertos dejaron escapar una repentina bocanada de sangre. Vidriados los ojos, el hombre desconocido boqueó, exhaló un ronco estertor y cayó a sus pies, mascullando vagamente algo parecido a:

—Los... los marjales... El monstruo... sediento de sangre...

Luego, al caer de bruces ante el joven americano, éste descubrió, despavorido, el mango de hueso del cuchillo que aparecía hundido entre los omoplatos del infeliz, hasta la misma cruz del arma...

No necesitaba ser médico ni detective, para saber que el individuo que chocaba sordamente con la alfombra, a sus pies, estaba ya muerto.

Asesinado ante su propia puerta del hotel.

SEGUNDA PARTE

EL MONSTRUO EN EL MARJAL

CAPÍTULO PRIMERO

El inspector Kenneth Simms, de New Scotland Yard, pertenecía a la Brigada Volante de la famosa entidad policial británica, y acostumbraba por ello a ocuparse de homicidios, accidentes graves, atentados, atracos y cosas parecidas.

Era un hombre no muy alto, fornido y algo hosco, cuyos estrechos ojos grises difícilmente pasaban nada por alto. Parecía curado de espantos en su trabajo habitual. Y, sin embargo, ahora se mostraba desorientado ante el cadáver tendido en la alfombra de la habitación del lujoso hotel londinense.

Los expertos de Scotland Yard terminaban su tarea rutinaria de fotografiar el cuerpo, buscar huellas y estudiar a fondo el escenario del suceso. Fuera, en el corredor, numerosos curiosos, clientes del hotel, se agrupaban, comentando excitadamente el hecho que sorprendiera tan desagradablemente a los empleados del establecimiento y, por supuesto, a la propia empresa por encima de todos.

Los ojos del inspector Simms se detuvieron finalmente en el hombre que parecía ser, con el difunto, el personaje más importante de la escena: el huésped norteamericano llamado Shylo Harding. Había una luz de curiosidad y fuerte interés en las pupilas metálicas del policía, mientras escudriñaba al único protagonista vivo del suceso.

—Dice usted que no conoce al muerto... —comenzó, pensativo.

—Cierto —asintió Shylo—. Nunca lo había visto antes de ahora.

—Pero vino a morir en su habitación.

—Eso es evidente, inspector —admitió Shylo con sequedad.

—¿Cree usted que venía malherido cuando llamó a su puerta... o le pudieron hincar ese arma en la espalda mientras usted abría?

—No sé cómo pudo suceder. Lo único cierto es que cuando abrí, estaba él solo en el corredor, ante mi puerta.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Ni siquiera un huésped, un camarero, alguien que pasara por el corredor al abrir usted?

—Nadie.

—¿Podía permanecer alguien oculto, sin serle posible a usted advertirlo?

—Supongo que sí. Tras una esquina, tras una puerta entornada o cerrada... Algo así, puede ser. Yo no me fijé más que en el hombre. Luego, me cayó casi encima, y vi el mango del cuchillo en su espalda.

—No es un cuchillo —negó lentamente el policía.

—¿No?

—No. Es una daga muy especial. Hoja larga, doble filo, puntiaguda. Mango en cruz, con empuñadura de hueso. Una daga antigua, posiblemente de alguna panoplia o colección de armas de ese estilo. No es una imitación ni una copia hecha actualmente.

—Habla usted como un experto, inspector —sonrió Harding.

—Soy un experto —suspiró Simms—. Poseo una colección muy completa de armas antiguas, señor Harding. Es una de mis pasiones. Mi *hobby*, como ahora se dice.

—Entiendo. —Shylo frunció el ceño, estudiando el cuerpo, que ahora cubrían los agentes de Scotland Yard con una tela blanca, en tanto se escuchaba en la calle el sonido de una ambulancia. Alrededor del cadáver, la tiza había trazado su exacto perfil—. La forma de matarle y el arma utilizada, distan mucho de ser vulgares, ¿no es eso lo que da usted a entender, inspector?

—Sí, eso es. —Simms sacudió la cabeza, meditativo, consultando los apuntes de su agenda antes de continuar—: El muerto se llamaba Yates, según sus documentos.

Sterling Yates. ¿Le dice algo ese nombre, señor Harding?

—No, nada. Ya le dije que no le conocía en absoluto...

—Sí, ya me lo dijo. Pero a veces, un nombre suena aunque uno no conozca a la persona.

—No es ése mi caso con ese infortunado, se lo aseguro. Créame que estoy deseando ayudarles en esto. Jamás me vi mezclado en un suceso tan desagradable, y menos en un país que no es el mío, inspector.

—Lo comprendo muy bien —asintió Simms, con un amago de sonrisa—. Sterling Yates era abogado. Albacea testamentario de ricas familias inglesas. Lleva encima todos sus documentos. Especialmente uno lacrado que me ha sorprendido.

—¿Por qué, inspector? Los abogados siempre llevan documentos consigo...

—Éste, además de ir lacrado, parecía tener para él un valor especial —comentó el inspector Kenneth Simms, frotándose el mentón—. Lo encontramos cosido al interior del forro de su americana, en un compartimento especial, muy difícil de hallar a simple vista, y nada fácil de robar, ni siquiera por hábiles profesionales.

—Eso sí resulta ya más singular... ¿Por qué me lo cuenta, inspector?

—Porque ese sobre lacrado lleva un membrete impreso en letra inglesa, dorada, en relieve, en la solapa posterior. Un membrete muy especial, con un escudo heráldico familiar. El escudo de la familia Trevor, que es la que figura allí escrita.

—¿Quién? —Se sobresaltó Harding, contra su voluntad, mirando con ojos muy abiertos al policía.

—Trevor. Familia Trevor —repitió éste lentamente, sin separar sus ojos agudos del joven americano—, ¿por qué le impresiona ese nombre?

—¿Quién ha dicho que me impresione? —Dominó Shylo sus emociones.

—Yo, señor Harding —sonrió fríamente el policía. Luego, rebuscó en su bolsillo y tendió a Shylo una pequeña cartulina rectangular, una tarjeta de visita, añadiendo con cierta ironía—: Creo que eso le explicará mi modo de preguntarle. Me lo entregaron abajo, en recepción, cuando llegamos atendiendo a su llamada... Estaba en el casillero de su habitación, señor Harding. Perdón que no se lo entregara antes. Podría decirle que lo olvidé. Pero usted, naturalmente, no iba a creerme.

Shylo tomó la tarjeta de visita que le tendía el astuto e inquietante policía de Scotland Yard. Los ojos del joven descubrieron enseguida la relación directa entre las preguntas del inspector y el nombre de los Trevor. Estaba allí, en aquella tarjeta.

En un nombre impreso, sin más detalles. Y en unas líneas breves, escritas apresuradamente sobre la cartulina:

«Señor Harding: sé que le han enviado un manuscrito. Lo he averiguado antes de ausentarme. Estoy preocupada por usted. Tenga cuidado. Puede correr peligro su vida. Estoy segura de que el asesino aún

existe. No se arriesgue».

Terence Carter era inocente. Yo lo sé. También lo sabía el detective que murió sin poderlo demostrar. Y lo saben otros. Como los Trevor, por ejemplo...

«Hágame caso. Olvide el asunto. Márchese de Londres y de Inglaterra. Aún está a tiempo. La curiosidad, a veces, se paga con la vida. Su amiga...».

Y seguía un trazo, a guisa de firma, bajo el nombre impreso en la tarjeta. Un nombre revelador para Shylo:

Eileen Carter.

* * *

—Sí, señor Harding. Eileen Carter. Empleada en el museo de Baker Street, 221 —corroboró el inspector Simms, consultando sus apuntes, camino de New Scotland Yard. Sobre sus rodillas, dentro de un sobre de papel manila, iba el manuscrito amarillento de John F. Weston—. Es ella misma. Pero como usted dijo, ya no está allí. Dejó dicho que se ausentaba de Londres. Alguien la oyó hablar del condado de York, pero eso es todo.

—York... —reflexionó Shylo, entornando los ojos—. Los pantanos... y la casa solariega de los Trevor...

—Exacto —suspiró Kenneth Simms meneando afirmativamente su canosa cabeza, sé lo que está pensando. Usted es escritor, y tiene imaginación. Yo soy policía, y tengo método. Vamos a parar a lo mismo.

—¿Esa joven, Eileen Carter, es familia de...?

—Nieta —asintió Simms, sin dejarle acabar—. Nieta de Terence Carter, muerto en la horca. El era viudo. De su primer matrimonio, tenía un hijo a quien olvidó, para enamorarse de una doncella de los Trevor, que luego moriría asesinada en los marjales de

Yorkshire. No me pregunte si fue inocente o culpable. Está fuera de mi tiempo. Hace más de setenta años de todo eso. Lo cierto es que el hijo de Carter tuvo una hija, a su vez, mucho tiempo más tarde. Esa niña es ahora una bonita joven de ojos azul-grises y de pelo levemente rubio, como usted me la ha descrito. En suma:

Eileen Carter, casualmente empleada en el museo de Baker Street.

—Pensamos lo mismo —dijo Shylo, estudiando fijamente a su compañero de viaje en el automóvil oficial, rumbo a New Scotland Yard, a través del denso tráfico londinense—. Ella se colocó allí porque sigue interesada en descubrir una verdad antigua. Sabe que su abuelo Terence fue ajusticiado en la horca de Newgate, por entonces. Se propone rehabilitar el apellido familiar, ¿no cree eso?

—Pudiera ser —admitió Simms, ceñudo—. O vengarse, señor Harding.

—¿Vengarse? —Se sobresaltó el joven escritor americano—. ¿De quién... y por qué?

—De la persona que ella supone que asesinó a las víctimas atribuidas a su abuelo. Recuerde lo que dice esa tarjeta: *Estoy segura de que el asesino aún existe*.

—Es una teoría fantástica. Hace setenta años de todo aquello, inspector. Si fuera así, se trataría de... de un anciano.

—Los Trevor son ancianos ahora. Y su criado, Sidney Plummer, también.

—¿Aún viven?

—Aún viven, sí. Por entonces eran todos muy jóvenes. Se puede matar cuando se es joven... y también cuando se es muy viejo. Sin embargo, su joven amiga puede estar en un error. Entonces, quizá se vengaría en un inocente.

—No puedo creer que esa chica sea una homicida en potencia, inspector.

—No esté tan seguro de eso. Si lee su mensaje, descubrirá que lo mismo puede ser una advertencia... que una amenaza velada. Hay frases que se prestan a un doble significado: *Olvide el asunto. Márchese de Londres y de Inglaterra. Aún está a tiempo. La curiosidad se paga, a veces, con la vida...* ¿Aviso? ¿Amenaza? ¿Podría usted jurar que es una u otra cosa, señor Harding?

—No, tal vez no, vistas así las cosas... —admitió Shylo, dubitativo—. Pero ¿qué relación tiene todo eso... con el abogado de los

Trevor asesinado en el hotel, ante mi puerta? Es para volverse loco, inspector.

—Admito que es todo tan confuso, tan complicado... Usted asegura que no conocía de nada a ese hombre. Sin embargo, es obvio que él venía a verle a usted... y la muerte le sorprendió antes de que pudiera decirle nada, ni exponerle el motivo de su misteriosa visita...

—Dijo algo, cuando menos —evocó Shylo, con un estremecimiento. —¡Oh, sí!; las palabras que usted me dictó... —Simms las leyó en su agenda, pensativo—. *Los marjales... El monstruo sediento de sangre...* ¿Seguro que dijo exactamente eso? —Seguro, inspector— asintió Shylo secamente.

—Otra alusión al misterioso caso de hace setenta años... —Estudió de soslayo a Harding, con interés—. Es curioso, pero un asunto dormido durante tanto tiempo, despierta de súbito cuando usted, un americano ajeno a todo el problema, llega a Londres y se le ocurre visitar el Museo de Sherlock Holmes...

—Sí, es muy curioso. Me habla de una chica llamada Eileen, que resulta ser descendiente de un ajusticiado, me envía un telegrama un ente de ficción; el doctor Watson... Me persigue una misteriosa pelirroja, me envían un manuscrito, al parecer auténtico, con un caso realmente interesante... y luego, me visita un desconocido que resulta ser abogado de los Trevor, y a quien acuchillan con una antigua daga a la puerta de mi habitación... ¿Por qué tiene que sucederme a mí todo eso, inspector Simms?

—Sé tanto como usted —pero en algunas cosas, precipita sus conclusiones. Por ejemplo: no esté tan seguro de que, con la firma del doctor Watson, Eileen Carter le enviara telegrama alguno. Del mismo modo que Terence Carter tuvo una nieta, puede existir algún descendiente de John F. Weston, que desee aclarar las dudas de su ascendiente respecto a sus dudas sobre la muerte de su amigo, ¿no se le ha ocurrido pensar en ello?

—¿Y ese descendiente sería... quien me envió luego el manuscrito?

—Muy posible, sí. ¿Quién mejor, para ser depositario de un manuscrito así, que alguien que descienda del propio autor, ya desaparecido?

—Sí, va usted siguiendo mis deducciones, señor Harding. Aunque admito que muchas cosas siguen oscuras para mí. Esa pelirroja

desconocida, la visita de Sterling Yates, su muerte brutal, en pleno hotel... Alguien le vigilaba, y no tenía el menor interés en que el abogado llegara a hablar con usted, eso es evidente.

—Pero ¿y el sobre lacrado, inspector?

—Para eso vamos ahora a Scotland Yard —suspiró Simms beatíficamente—. Quiero que los expertos extraigan ese documento sin tocar aparentemente los sellos de lacre, sin que nadie advierta que el contenido ha sido examinado... Luego, veremos lo que se hace con él, aunque imagino que lo mejor será devolverlo a los Trevor, para que ellos resuelvan...

—Empiezo a preguntarme si alguien ha tenido la loca idea de imaginarme a mí capaz de convertirme en detective... y otra persona considera, entonces, que soy peligroso para su impunidad.

—No deje volar su imaginación de escritor, amigo mío. Pero pudiera haber algo de cierto en eso. Usted tiene las mismas iniciales de un detective de leyenda, y de otro investigador que existió, realmente; fue visto en Baker Street... y es posible que alguien que cree en las reencarnaciones, o cosa parecida, haya tenido la peregrina idea de considerarle como... como el espíritu mismo de Sherlock Holmes, como el auténtico fantasma de Baker Street, que vuelve para descubrir el pasado y resolver un caso, que en su existencia literaria no existió, sí le fue agregado circunstancial y secundariamente, para prestar ambiente al mundo de ficción que para él fue creado.

Ceñudo, Shylo escuchó el comentario aparentemente irónico de su compañero. Meneó al fin la cabeza con aire pesimista.

—No me gusta eso, inspector —confesó—. Yo no soy más que Shylo Harding, un escritor de *pulps* baratos. Y quiero seguirlo siendo. Para ello, no se me ocurre otra cosa que seguir viviendo.

—Sí, es un saludable modo de pensar —admitió irónicamente el policía, con un bostezo. Miró al exterior, y añadió, recogiendo el sobre de papel manila de sus rodillas—: Ya hemos llegado, señor Harding. Va a asistir a nuestros pequeños actos de prestidigitación para poder leer la correspondencia sin ser descubiertos. Espero que no de publicidad a este asunto en sus novelitas americanas. ¡Ah!, le devolveré el manuscrito en cuanto lo haya leído y lo examinen los técnicos, por si es auténtico o se trata sólo de una buena imitación de un viejo manuscrito... Vamos, señor Harding. Bienvenido al

santuario de la policía británica... Shylo siguió al inspector, en la que era su segunda visita a New Scotland Yard. Sólo que la primera fue como un vulgar turista. Ahora, se sentía extrañamente sumergido en el engranaje mismo de la pesquisa policial, formando parte de un inexplicable juego entre el pasado y el presente. Un juego en el que la muerte violenta parecía ser el eslabón que unía las épocas y las personas.

Hacía setenta años largos, un degollador ensangrentó las calles de Londres. Luego, trasladó su obsesión criminal a los pantanos de Yorkshire.

Ahora, otra vez, la muerte era el personaje central de la trama. Un hombre, Sterling Yates, relacionado igualmente con la familia Trevor, había sido asesinado ante sus propios ojos virtualmente.

Una mujer le advertía —¿o le amenazaba?— presagiándole peligros mortales. Otra mujer, una desconocida pelirroja, le seguía por las calles de Londres y huía al verse descubierta. Un supuesto descendiente de Weston, le enviaba un manuscrito que nadie antes había leído.

Era demasiado para un vulgar escritor de novelas baratas, llegado recientemente de Estados Unidos, ¿por qué él, precisamente él...?

Mientras penetraba en el moderno edificio de oficinas de New Scotland Yard, siguiendo al inspector Kenneth Simms, la idea le pasó por la cabeza. Recordó algo que dijera el policía poco antes:

—... *Es posible que alguien crea en las reencarnaciones... y le haya considerado como el espíritu de alguien..., como el fantasma de Baker Street...*

«¡Bah! —se dijo a sí mismo, casi aireadamente por pensar siquiera en ello—. Es un disparate, un absurdo sin sentido... no volveré a pensar en semejante tontería...». Y procuró no pensar. Pero no era tan fácil como imaginara.

Sobre todo, después de conocer el contenido del sobre lacrado de la familia Trevor...

CAPÍTULO II

—De modo que es eso...

—Sí, señor Harding. Es eso. La última voluntad de *sir* Christopher Trevor.

El hombre que visitó a Hakes en el pasado... El que no creía culpable a su secretario Terence Carter... ¡Y aún vive!

—Actualmente, sobrepasa los noventa años —convino Simms, pensativo, mientras el lacre volvía a ser aplicado al sobre con membrete de los Trevor, sin que se advierta señal alguna de haber sido manipulado—. Y debe ser muy cercana ya la muerte, cuando ha extendido ese testamento que firmaron como testigos el propio Sterling Yates, su abogado y albacea testamentario, y su criado Sidney Plummer, otro anciano aún de más edad que su amo.

—Ese testamento tiene fecha muy reciente. Exactamente... de hace dos días —le recordó Shylo Harding al policía.

—No crea que no le he notado. Es posible que Yates acabara de volver de York, y sin tiempo siquiera para depositar en lugar seguro el testamento de su cliente, viniera a verle a usted por la razón que sea...

—Por tanto, usted no ve relación clara entre su visita y ese testamento...

—No —le miró críticamente—. ¿Y usted?

—¡Cielos, menos aún! Si no conocía a Yates, si no conozco en absoluto a los Trevor..., ¿por qué su abogado había de venir a verme a mí, y menos a causa de un testamento en el que sólo se especifica que todo lo suyo pertenecerá a su esposa *lady* Viveca, mientras ella exista, y posteriormente pasará, en su totalidad, a su hijo Peter Trevor y su sobrino Dennis Trevor, únicos herederos legítimos de la familia? Obvio es decirle, inspector, que no sólo no conozco en absoluto a Peter y a Dennis Trevor, sino que ni siquiera oí hablar antes de ellos, ni conocía su existencia.

—Y, a pesar de todo, Sterling Yates, abogado y albacea testamentario de los Trevor, regresara de York, sin tiempo siquiera para guardar el testamento lacrado en una caja fuerte, y viene a

verle a usted, aunque sí diciendo algo, al sentirse morir, sobre los pantanos y el monstruo sediento de sangre... —Kenneth Simms estudió la fotocopia que, sin el menor escrúpulo, había obtenido del testamento lacrado, antes de reintegrarlo a su envoltura—. ¿Se ha dado cuenta de otro detalle, señor Harding?

—¿Cuál?

—Este testamento deja un pequeño legado para Sidney Plummer, el viejo y fiel criado, cuya totalidad representará aproximadamente una renta vitalicia de cien libras mensuales. No es demasiado, pero le permitirá vivir sus últimos días sin apuros. Existe, además, otro curioso apartado en este testamento.

—¿Se refiere al que alude a su hijo Peter y a su sobrino Dennis?

Exacto —los ojos agudos del policía se fijaron en Shylo rápidamente—. No se le va detalle, ¿eh, amigo? A eso me refería... Según la última voluntad de *sir* Christopher... los dos heredarán, solamente en el caso de que no contraigan matrimonio antes de desaparecer el propio *sir* Christopher y su esposa, *lady* Viveca, que será depositaria de todos los bienes hasta su fallecimiento. A partir de ese momento, una vez en posesión de su herencia, Peter y Dennis Trevor sí podrán casarse libremente...

—Es un extraño deseo el de *sir* Christopher. Pero supongo que la herencia tendrá la suficiente cuantía como para que los herederos acepten, de buen o mal grado, semejante condición.

—Supone muy bien, señor Harding. Se calcula en más de medio millón de libras el patrimonio total, en bienes, dinero y propiedades, de la familia Trevor.

—Medio millón... —Silbó, entre dientes, Shylo—. Sí, creo que ambos permanecerán solteros, les guste la idea o no.

—No esté tan seguro de eso, amigo mío.

—¿Qué quiere usted decir?

—Dennis, el sobrino de *sir* Christopher, es el rebelde de la familia. Ha llevado algún tiempo conviviendo con una familia *hippy*, y vive totalmente de espaldas a las obligaciones sociales, y todo lo demás. Ha dicho muchas veces que se casará con Hazel, guste o no a su familia, y que jamás querrá un solo penique de la fortuna familiar. Claro que a veces éstos son simples posturas que luego, a la hora de la verdad, se resquebrajan al impacto de la codicia o la ambición, pero así es, por ahora, el muchacho.

—Parece saber usted muchas cosas sobre los Trevor... —comentó Harding, irónico.

—Se equivoca. Sé muchas cosas sobre Dennis Trevor. Entre otras razones, porque es un músico, compositor y cantante de *rock* bastante bueno, porque últimamente se mezcló con drogadictos... y porque a causa de eso, tuve que detenerle y enviarle a la cárcel por cierto tiempo.

—Vaya... —Shylo le contempló con sorpresa—. ¿Así están las cosas para Dennis Trevor?

—Parece que sigue con la marihuana o el hachís, pero ya no trafica ni se mezcla con vendedores de otras drogas peores. Sólo estuvo dos meses encarcelado. Juró no volver nunca más. Y creo que lo cumplirá. Según *sir* Christopher, y según su hijo Peter, que es la cara opuesta de la moneda respecto a Dennis, hasta la mejor familia tiene su garbanzo negro.

—Sí, entiendo. No debe hacerles muy felices el comportamiento de Dennis... ¿Y la chica?

—¿Hazel Blackburn? Una chica muy atractiva y moderna también. Pero trabajaba en un local de Soho haciendo *strip-tease*. Eso tampoco hace feliz naturalmente, a *sir* Christopher y a su modélico hijo.

—¿Y a la esposa de *sir* Christopher? No me ha hablado usted nada sobre lo que ella piensa...

Es que ella... no piensa.

—¿Cómo?

—Está enferma. Muy enferma, señor Harding. Inválida y sumida en un mundo que no es real. Sufriendo, hace años, un ataque cerebral. La que fue una vez atractiva y elegante dama, ahora es solamente una mujer que sufre recluida en su casa, en su silla de ruedas, y con la mente incapacitada, viviendo en un pasado que ya no existe...

Shylo no hizo comentario alguno. Estaba diciéndose a sí mismo que la familia Trevor era una extraña y decadente agrupación de personas de otro tiempo, tan amarillentas y desvaídas como el papel y la caligrafía de aquel viejo manuscrito del doctor Weston. Quizá el pasado, con sus siniestras sombras, pesaba demasiado sobre ellos. Pero ahora había algo más que cosas de otros tiempos. Había un muerto. Un hombre, víctima de un asesino. Pudo haber un criminal enloquecido en el pasado, un ser de pesadilla, llamado el

Degollador. Pero ahora existía otro asesino. Alguien que usaba una vieja daga, en vez de un curvado tenedor trinchante de afiladas púas...

¿Qué eslabón unía al asesino del pasado con el del presente? ¿Dónde podía estar el factor común a las dos épocas separadas entre sí por más de setenta años de distancia?

Hubiera querido tener respuesta para alguna de esas preguntas. Lo malo es que no tenía ninguna. Ni sabía dónde encontrarla...

* * *

—¿Shylo Harding? ¿Norteamericano? —El dueño de la casa hizo un gesto de asombro y sacudía la cabeza, desorientado, dando vuelta entre sus dedos a la tarjeta de la visita del joven extranjero—. No entiendo... Nunca estuve en Estados Unidos, ni creo que nos conozcamos de nada, usted y yo...

—Cierto. No nos conocemos —sonrió Shylo impasiblemente.

—Entonces.... ¿Qué broma es ésta? —Un cierto aire de irritación, un destello de disgusto, asomó en los claros ojos del joven en mangas de camisa, de larga melena ondulada y deshilachados y largos tejanos de un azul descolorido, ciñéndose de sus delgadas piernas.

—No es ninguna broma, señor Trevor —suspiró Harding—. Tenía que verle a usted.

—Bien. Ya me ha visto. Si tiene algo que decirme, le ruego que sea breve —señaló hacia el fondo de la casa, justificándose—. Vea los equipajes a punto. Me ausento hoy de Londres. Exactamente salgo dentro de una hora... Y aún me queda mucho por hacer, señor... señor Harding.

—No le molestaré mucho. Seré breve. No quisiera que por mi culpa demorase usted su viaje a Helmsey.

¿Cómo? —Dennis Trevor lo miró rápidamente, con recelo—. Yo no recuerdo haber dicho...

—No hace falta. Supongo que va a Helmsey. ¿Cuándo es la lectura del testamento?

—Pero... —El color huyó del rostro de Dennis, pero después sus mejillas enrojecieron vivamente, y se mostró algo belicoso, estrujando la tarjeta de visita de Harding entre sus dedos delgados y

nerviosos—. ¿Quién diablos es usted exactamente, y qué se propone con todo este juego? ¿Cómo ha podido saber tantas cosas sobre mí?

—No lo tome a mal, por favor —sonrió Harding—. Debo notificarle algo muy penoso. El abogado de la familia, Sterling Yates, ha sido asesinado en Londres. La policía recuperó un sobre lacrado con el membrete de los Yates, que podría contener el testamento que él iba a leer a todos ustedes en esa reunión familiar en Helmsey...

—¿Qué está diciendo? —Ahora sí que no había color alguno en el rostro de Trevor—. ¿Asesinado Yates? ¿Por qué, por quién?

—Eso quisiera saber Scotland Yard. Por el momento, está investigando. Sólo eso.

—¿Por qué ha venido usted a contármelo? ¿A qué se debe que esté tan enterado de todo?

—Sterling Yates había ido a verme a mí cuando le asesinaron. Todavía ignoro por qué, pero fue así. Le mataron con una daga, no con un tenedor de trinchar, señor Trevor. Pero él, antes de morir... habló del monstruo de los marjales...

—¡El monstruo de los marjales! —repitió Dennis Trevor, con un estremecimiento—, ¡Dios mío, no es posible...! Esa vieja y maldita historia otra vez...

—La policía entregará a su tío *sir* Christopher el sobre lacrado, no tema. Si es el testamento, se respetará por completo.

—¡Cielos! ¡Todo eso carece de sentido...! —El joven sobrino de *sir* Christopher Trevor parecía impresionado—. No me gustaba la idea de ir a Helmsey. Y ahora, menos. Pero se lo he prometido a Hazel... e iremos allá.

—¿Los dos? —se sorprendió Harding, sin quitarle los ojos de encima.

—Sí, ¿por qué no? —Se mostró Dennis desafiante—. Tendrán que aguantarla, les guste o no. Es mi prometida. Y será mi esposa, no le permitiré alojarse en la mansión, desde luego. No quiero favores de tío Christopher ni de mi primo Peter. Tía Viveca lo entendería mejor que nadie si... si ella pudiese. Pero ¿a qué pensar en eso? Señor Harding, sigo sin saber por qué está aquí, ya que no nos conocemos, y no hay motivo para que usted venga a informarme...

—No sólo por informarle me he preocupado de saber su domicilio en Londres y de buscarle para que charláramos. Yo también estoy buscando algo, y quizá usted pueda ayudarme a encontrarlo...

—¿Yo? —Parpadeó Dennis, intrigado—. ¿En qué podría ayudarle? ¿Qué es lo que busca?

—La razón que me explique por qué un abogado me buscaba, momentos antes de morir asesinado. Por qué alguien me envió un manuscrito antiguo, firmado por un tal Weston. Por qué me seguían y vigilaban... Por qué tantas y tantas cosas que no tienen el menor sentido, pero que me están sucediendo a mí... y que me relacionan siempre, indefectiblemente, con unas personas a las que jamás conocí y de quienes nunca antes de ahora oí hablar. Esas personas... son su familia, señor Trevor. Los Trevor de Helmsey, de la mansión señorial en los pantanos de Yorkshire... Los Trevor que relacionaron hace años con los crímenes sangrientos del Degollador, en Londres y en Helmsey. Los Trevor, cuyo secretario, Terence Carter, murió ajusticiado en Newgate, acaso condenado por unos crímenes que no cometió. Y un familiar del cual, ahora, tantos años después, está tratando de demostrar la inocencia de su antecesor. Sí, señor Trevor. Su familia, en cuya casa, durante el tiempo en que fue su huésped, un hombre sufrió un colapso extraño que le causó la muerte, aunque hay razones poderosas para imaginar que ese colapso fue provocado por un veneno desconocido que alguien le administró en Trevor Mews... ¿Qué me dice usted a todo eso, señor Dennis Trevor?

El joven indolente, de informal aspecto, le escuchaba con boquiabierta expresión, sin saber siquiera qué responderle.

Y así seguía, cuando una voz dijo a espaldas de Shylo Harding, con tono burlón:

—También a nosotros nos gustaría tener una respuesta para todo eso, señor Harding. Pero lo cierto es que esa respuesta... creo que está en los marjales de Helmsey. Y en el pasado. Y en los últimos pensamientos de un hombre que acaso esté intentando, desde el más allá, resolver su último caso...

Shylo se volvió bruscamente, impresionado por aquella grave e irónica voz femenina que se expresaba serenamente a sus espaldas.

Lanzó una exclamación de asombro:

—¡Usted!

Era la pelirroja misteriosa. La mujer que le siguiera el día anterior por varios lugares de la capital inglesa.

—Hazel, querida, todo está ya a punto —dijo en este momento

Dennis Trevor, dirigiéndose a la joven de cabellos rojos—. Pero este hombre me ha entretenido con su llegada... Ha dicho cosas increíbles...

—¿Hazel? —Harding contempló con renovada sorpresa a la dama pelirroja—. ¿Es usted... Hazel Blackburn? ¿La prometida de Dennis Trevor?

—Sí —sonrió ella—. Supongo que ese nombre no le dice nada. Pero tal vez piense de modo diferente si le digo que mi segundo apellido, el materno, es... Weston.

CAPÍTULO III

—Weston... Hazel Blackburn Weston...

—Eso es. La nieta de John F. Weston. La persona que le envió el telegrama. La que dejó el manuscrito en su hotel. ¿Lo entiende ahora?

—No. Ni mucho menos —suspiró el joven escritor americano—. ¿Por qué lo hizo? ¿Quién le dio mi nombre? ¿Cómo sabía que me interesaba, entre otras cosas, por la muerte de Hakes...? Son muchas las preguntas sin respuesta.

—Si todas las respuestas fuesen tan sencillas... —sonrió amargamente Hazel, moviendo su pelirroja cabeza—. Señor Harding, yo estaba en el Museo de Sherlock Holmes cuando usted se interesó por un caso real, que le puso sobre la pista que pudiera conducirlo a las causas de la muerte de un detective. Usted logró intrigarme. Y mucho. Cuando habló con Eileen Carter, yo escuchaba, mezclada entre las visitas del museo. Sus facciones me intrigaban. Usted... usted me recordaba a alguien. Sólo después, en mi casa, cuando hojeé unos viejos apuntes de mi abuelo, descubrí unos bocetos de Hakes, apuntes al natural tomados por el lápiz del doctor... y comprendí que tenían ambos cierto parecido físico. Igualmente altos, de rostro enjuto, de nariz aguileña, ojos penetrantes... Luego, su nombre me intrigó. Tenía usted sus mismas iniciales: S. H., las cuales coinciden, también, con las del personaje creado por Conan Doyle. Sí, se lo voy a decir. Dennis me lo dice muchas veces. Soy demasiado imaginativa. Y me intereso por problemas metafísicos, por parapsicología, espiritismo, contactos con el Más Allá, reencarnaciones... Tal vez sea un exceso de fantasía por mi parte. O una estupidez, no sé. Pero siempre he pensado que los hombres vuelven de alguna forma entre los vivos... y entonces, la obra que quedó incompleta, se realiza... Usted..., usted me fascinó, Harding... Quise poner mi fe en usted. Y en mis presentimientos. Quise creer que, ciertamente, en Baker Street 221, existe algo más que un museo y un recuerdo...

—Si le hace usted mucho caso, terminará volviéndose loco, Harding

—se quejó desde el volante del automóvil Dennis Trevor, girando la cabeza hacia atrás un momento, al aprovechar un tramo recto de la asfaltada carretera que conducía de Londres al norte del país—. Hazel tiene unas ideas muy raras...

—Lo cierto es que, de grado o por fuerza, estoy metido en esto hasta el cuello —suspiró Shylo resignadamente—. Y veo tan difícil salir de ello, que en vez de dar marcha atrás, se me ocurre ahora la idea de viajar con ustedes a Yorkshire... Cuando se lo he dicho por teléfono al inspector Simms, ha puesto el grito en el cielo, me ha llamado necio y entrometido, y ha asegurado que es muy posible que termine mis días en esos marjales. No obstante, aquí estoy ahora. Camino a mi tumba, quizá.

Hazel le miró con fijeza. Parecía preocupada al responderle:

—Deberá cuidar de sí mismo. Y tener cuidado de cada paso que dé. Hasta ahora, para mí, éste era solamente un viejo misterio perdido en el tiempo, como un objeto cubierto de polvo y telarañas, olvidado en cualquier rincón de un desván. Pero es más. Mucho más. Existe alguien que quiere enterrar ese pasado definitivamente, ahogándolo en sangre. El abogado de la familia sabía algo. Tal vez vio a Eileen Carter y ella le habló de usted. Por una oscura razón que quizá nunca lleguemos a conocer, Sterling Yates fue en su busca... y encontró la muerte.

—Pero él murió en Londres, querida, no en Helmsey —terció Dennis, haciendo girar el coche en una curva, junto al puente de piedra de un bonito pueblecito inglés—. Y en Londres, que yo sepa, ayer solamente estábamos Peter, yo, tú, Eileen Carter... y el propio abogado Yates. Piensa que ninguno de nosotros existía, entonces. Las únicas personas vivas en aquella época, son tío Christopher, tía Viveca y el fiel Sidney. Ahora, todos ellos pasan los noventa años y no se han movido de Trevor Mews, que sepamos. Por tanto, ¿cómo relacionar al asesino de Yates con... con el viejo Degollador del siglo pasado?

—Existe la locura hereditaria, Dennis —le recordó secamente Shylo—. Y existen personas que serían capaces de cualquier atrocidad por salvar a su familia de la vergüenza y del escándalo. Son dos posibilidades que justificarían la existencia de dos asesinos diferentes, separados entre sí por setenta y tantos años de distancia. Hubo un silencio profundo en el coche. Éste rodaba a buena

velocidad, rumbo a York. Ya hacía tiempo que Londres había quedado muy atrás. La campiña inglesa, particularmente verde y húmeda entre Luton y Cambridge, salpicada de pueblos y villorrios realmente deliciosos y pintorescos, se extendía ahora en todo lo que abarcaba la vista.

—Es una espantosa posibilidad... —musitó al fin Hazel Blackburn Weston, mirando preocupada a Harding—. Jamás se me ocurrió la idea de que alguien pudiera llegar a convertirse en asesino para cubrir a otro viejo asesino de su misma sangre... Y sin embargo, en un Trevor resultaría una reacción casi lógica, terriblemente normal.

—Menos en mí —gruñó Dennis, con tono airado—. ¡No mataría ni a una mosca, si ello significaba honor eterno para los Trevor! Son una pandilla de decadentes apolillados, llenos de prejuicios y anacronismos. Al diablo con todos ellos.

—Eso le descarta a usted como sospechoso... —sonrió Shylo, añadiendo luego con ironía—: Pero también abre la posible sospecha de que esté usted creándose una coartada para representar el papel del inocente de turno, y quedar alejado de toda sospecha...

—Ésa es una buena deducción —rió Dennis entre dientes.

—Elemental, mi querida señorita Weston, ¿no es cierto? —sonrió a su vez Harding, volviéndose hacia Hazel.

—Por favor, no... —rogó ella, cerrando sus ojos con un estremecimiento—. No hable así. Sé que es sólo una broma, pero... pero me hace pensar... si no será cierto que algo o alguien está guiando sus pasos... en una determinada dirección...

Shylo se encogió de hombros, escéptico. Miró alrededor. El día, soleado aunque con nubecillas blancas salpicando el cielo azul, y la bella y jugosa campiña inglesa, no se prestaban a alimentar supersticiones ni creencias en sombras o fantasmas de más allá de la tumba.

Sin embargo, Hazel parecía creer en ello profundamente. Y lo único cierto es que ahora él estaba encaminándose a los marjales de Yorkshire, a una mansión familiar tristemente célebre por una vieja historia de sangre y muerte... sin saber a ciencia cierta por qué lo estaba haciendo. Como si algo superior a su propia voluntad le hubiera impulsado a dar ese paso trascendental, que presentía le aproximaba más y más a un peligro cierto.

Quizá a la propia muerte.

—Dennis, mi sobrino me ha dicho que quería verme, señor Harding. Shylo Harding asintió. Miraba fijamente al hombre erguido ante él, en la amplia y vieja biblioteca de la mansión de los marjales. Sentía una rara impresión, al recordar que estaba teniendo contacto con una de las pocas personas en el mundo que conocieron personalmente al más grande de los detectives conocidos. *Sir* Christopher Trevor había visitado el estudio de Hakes cuando éste vivía en Baker Street, más de setenta años atrás. Y allí comenzó el que sería el último caso del analítico investigador, maestro de la deducción, hasta culminar con su misteriosa muerte.

—Sí, *sir* Christopher —asintió Shylo—. Tenía gran interés en conocerle y hablar con usted... apenas he llegado a Helmsey, he tenido el tiempo justo de dejar mi equipaje en la fonda del pueblo, y venir hasta aquí con su sobrino Dennis...

—¿Por qué hizo tal cosa? —le reprochó *sir* Christopher—. Siendo amigo de Dennis, pudo haber venido directamente aquí. En mi casa siempre hay alojamiento para los amigos de los Trevor. Esta casa tiene abundantes habitaciones para huéspedes. Y me honro en sentar a mi mesa a quienes visitan este lugar con algún miembro de mi familia, señor Harding.

—Gracias, pero no quise resultar una molestia para nadie. —Shylo ocultó a *sir* Christopher el hecho de que había preferido quedarse en la fonda local por hacer compañía, en cierto modo, a la pelirroja Hazel, la prometida de Dennis, mientras éste se alojaba, como era ritual, en la vetusta, grande y sombría mansión de Trevor Mews. Tras una pausa, Harding añadió—: Lo que deseaba era conocerle. Y hablar de un viejo asunto ya olvidado...

—¿Hablar conmigo? —*Sir* Christopher parpadeó—. ¿De qué asunto, señor Harding? Me ha dicho usted que es americano... ¿Existe algo en su país que se relacione conmigo?

—No, en América, no. En Inglaterra, *sir* Christopher. El otro día visité un museo en Londres. En el 221 de Baker Street. Hasta entonces creí estar visitando un lugar de ficción, dedicado a la imaginación de un novelista. No podía imaginar que en aquel lugar vivió, casualmente, un investigador. Y que usted, un día, fue a verle a su estudio para rogarle que viniera aquí, a los marjales, a aclarar

unos sangrientos asesinatos. ¿Ha olvidado ya al Degollador, a Terence Carter, ajusticiado en Newgate... y la propia muerte del hombre a quien usted pidió ayuda?

Sir Christopher palideció intensamente. Pareció agitado. Eso, en un hombre de su edad, resultaba ostensible y mermaba su todavía arrogante apariencia. El anciano de noventa y dos años, podía pasar por un hombre de setenta y tantos, bien llevados. Cuando visitó a Hakes, como miembro de los Trevor, tenía sólo diecinueve años. Y diecisiete su joven esposa, Viveca, con quien acababa de desposarse, al estar gravemente enfermo su padre, *sir* Nigel, y haber fallecido su tío Arthur Barrett, padre de Viveca Barrett, futura *lady* Viveca Trevor. Ahora, repentinamente, la arrogancia de aquel alto caballero de pelo canoso y ralo, facciones afiladas y ojos penetrantes tras sus gafas de montura de oro, se desmoronaba un poco, como algo polvoriento que, de repente, se saca a la luz y revela no estar tan bien conservado como pudo parecer en la penumbra.

—¡Dios santo...! —oyó murmurar a *sir* Christopher—. ¿Todavía eso? ¿Quién lo recuerda ya?

—No sé, *sir* Christopher. Yo sí. Scotland Yard también.

—¿Scotland Yard? —Frunció el ceño *sir* Christopher. Parecía agitado—. ¿Qué tienen que ver en esto los policías? Hace ya muchos años de todo aquello. Y el viejo caso se cerró...

—Aquél caso, posiblemente. Pero se ha abierto otro, *sir* Christopher. Su abogado, Sterling Yates..., ha sido asesinado con una antigua daga, en la puerta de mi habitación del hotel...

Convulso, con un gesto de crispación y horror en su rostro, el anciano aristócrata retrocedió, mirando con horror a Shylo Harding, su visitante. Hubo de apoyarse en un oscuro y pesado mueble, junto a la chimenea encendida y confortable, y Shylo notó que aquella mano temblaba de modo ostensible.

—Yates... ¡Imposible! —jadeó—. No puede haber muerto... asesinado... ¡Es absurdo, señor Harding!

—Su sobrino Dennis se lo confirmará, *sir* Christopher —suspiró Shylo—. Pero eso sucedió en Londres. No tiene nada que temer. Nadie va a sospechar de usted, pongamos por caso. Le mataron ayer. Y Londres está muy lejos de aquí.

—Pero... ¡pero es que yo viajé a Londres ayer! —gimió el cabeza de

familia de los Trevor, mirándole angustiado—. Y precisamente con Sterling Yates... Teníamos que efectuar ciertas gestiones en la capital. Él se fue por su lado, yo por el mío... Hoy, precisamente esta noche, teníamos que reunirnos aquí... en Trevor Mews... para una ceremonia familiar.

—Creo saber cuál: la lectura de su testamento. ¿Me equivoco, *sir* Christopher?

—¿Cómo puede usted saber...? —se alarmó el aristócrata.

—Ese testamento obra en poder de Scotland Yard. Es un sobre lacrado, imagino. Se lo entregará hoy su hijo Peter, cuando venga de Londres, con un abogado nombrado especialmente por Scotland Yard para ser depositario del sobre en tanto no regrese a sus manos *sir* Christopher.

—Cielos, pero todo esto es... ¡es horrible! —gimió el aristócrata, paseando por la biblioteca con expresión demudada, vacilantes sus largas piernas, como encorvada su alta y delgada figura, dentro del abotonado traje negro. Sus palabras sonaban débiles, apagadas, como muy lejanas—: No puede existir conexión alguna entre ambos casos. Con setenta largos años de distancia entre uno y otro. Y ahora... ahora son otras personas, otros tiempos...

—Usted no. Usted sigue existiendo. Y su esposa. Y su criado...

—¡Oh!, Sidney... El viejo y fiel Sidney... —sonrió, moviendo la cabeza—. Apenas si puede moverse ya. Pero su fuerza de voluntad supera, incluso, su artritis y sus años... Sí, creo que sólo nosotros tres sobrevivimos a todo aquello. Pero ¡de qué modo, amigo mío! Yo era un jovencito impulsivo e imaginativo, de menos de veinte años. Viveca... era una deliciosa criatura, llena de encantos, de vitalidad, de ingenio y de entusiasmo por la vida. Incluso superó un desgraciado accidente, una caída de caballo que hirió su cráneo... y volvió a ser la de siempre, hasta el punto de adelantar nuestra boda y casamos antes de lo previsto, sin problemas para su salud. Ahora, en cambio... Tal vez aquella vieja caída y todo cuanto sufrió posteriormente en la vida... lo ha pagado con creces su naturaleza. Está incapacitada, recluida aquí para siempre, sin poderse mover, esperando un final apacible... Mi pobre Viveca...

Ocultó el rostro entre ambas manos, y Shylo no estuvo seguro de que pudiera contener el llanto, si es que sus ojos no estaban ya secos de lágrimas. La situación se había hecho difícil. Shylo se

incorporó, con un carraspeo.

—Creo... creo que, de todos modos, será mejor dejarle, *sir* Christopher —murmuró—. Tal vez he venido a importunarle con mis preguntas. No soy ningún policía, ni tengo por qué meterme en lo que no me concierne. Si he de serle sincero, ni siquiera sé aún por qué estoy haciendo estas pesquisas. Tal vez porque no me gustó ver morir a un hombre ante mis ojos. Quizá porque, como alguien dijo, existe alguna influencia que no comprendo, y que me guía a hacer todo esto.

—¿Una influencia? —Se estremeció el mayor de los Trevor—. ¿A qué se refiere?

—No lo sé, *sir* Christopher —confesó Harding—. Ya le dije que es algo que no comprendo bien... pero que quizá exista. No puedo aspirar a descubrir lo que Hakes no llegó a esclarecer jamás. Pero la muerte de ese abogado, en la puerta de mi habitación, es algo que me afecta directamente a mí. Y quiero saber por qué, ya que antes de pisar este país jamás había oído hablar de los Trevor, de Sterling Yates... o de Terence Carter.

—Es la segunda vez que nombra usted a Terence Carter —dijo gravemente *sir* Christopher—. ¿Por qué le preocupa él? Yo siempre dije que era inocente. Pero le ahorcaron. No pude evitarlo. Tampoco ese hombre al que usted citó. La muerte fue más fuerte que él. De otro modo, tal vez hubiera llegado a descubrir la verdad.

—Sí, pero ¿qué muerte, *sir* Christopher? ¿Natural... o provocada?

—También yo sospeché algo así por entonces. Sin embargo... no puedo comprender que le sucediera nada extraño. Residía aquí, en esta casa. Compartíamos con él la vida solamente Viveca, Sidney, y yo..., *sir* Nigel, el servicio y nadie más. *Sir* Nigel era mi padre, y estaba muy enfermo por entonces. ¿Quién iba a querer dañar al señor Hakes?

—El Degollador, naturalmente —sugirió Shylo fríamente.

Sir Christopher parpadeó, moviendo la cabeza de lado a lado. Acompañó a Shylo a la salida de la biblioteca.

—Envenenar no era su táctica —rechazó.

—Tampoco lo era acuchillar por la espalda, como mataron a Yates.

—¿Usted... usted sugiere que Yates pudo ser muerto por alguien que vivió hace setenta años? —se asombró el anciano, parándose asombrado—. Ahora sería un anciano incapaz de moverse... como

Sidney o como yo. ¿Qué pretende insinuar con esas sospechas, realmente, señor Harding?

—Sólo lo que pienso: algo une ambos casos. No sé lo que es. Por eso estoy aquí. Creo, como usted, que Carter era inocente. Una nieta suya, también lo cree, y está luchando por demostrarlo. Ella conocía a Yates, estoy seguro. Le habló de mí en Londres, y él por alguna razón que ignoro, vino a buscarme. El asesino, para impedirle que revelase algo que sabía o sospechaba, le asesinó. Si entonces, la clave de la identidad del Degollador, pensó Hakes que estaba aquí, en Helmsey, yo quiero pensar como él, en el caso de Yates.

—Es muy libre de hacerlo, pero creo que se equivoca. De todos modos, venga esta noche a cenar. Está invitado. Así conocerá a mi hijo Peter, y también a mi esposa... hablaremos entonces con más calma. ¿Puedo contar con su presencia?

—Sí, *sir* Christopher —asintió Shylo—. Gracias por la invitación... Estaré, sin falta. Todo cuanto se refiera a este lugar, me apasiona. Tal vez ese misterioso impulso que me guía, me permita llegar de alguna forma hasta el fondo de la cuestión...

Habían llegado al amplio y suntuoso *hall*. *Sir* Christopher le estrechó cordialmente la mano, aunque había una cierta nota de tristeza y de inquietud en el fondo de sus pupilas.

—Sidney le acompañará a la salida —dijo el aristócrata—. No falte. Le esperaremos.

Shylo asintió, mirando el soslayo, con vivo interés, a Sidney Plummer, el viejo y fiel servidor de los Trevor. Más edad que el propio *sir* Christopher —unos cinco años más, tal vez—, escaso pelo blanco, ralo, rostro apergaminado, ojos estrechos y sin brillo, figura alta, enjuta, que se mantenía milagrosamente rígida, y unos andares lentos, fatigosos, de pies arrastrados y dificultades articulares, Sidney Plummer era como un espectro más en un mundo de fantasmas y de sombras. Un mundo que ya no parecía existir realmente, salvo en algún viejo manuscrito amarillento, como el de Weston.

Y sin embargo, aún todo aquello era vivo, tangible. Como un milagro esforzándose por sobrevivir, en el borde de los siniestros marjales del Yorkshire. De pronto, los ojos de Shylo fueron más allá de la espectral figura de Sidney. Descubrieron una antigua panoplia en el muro, entre la amplia escalera ascendente y el acceso

encristalado a los jardines tristes y enfermizos que rodeaban la mansión.

Una panoplia con armas blancas antiguas... ¡en la que faltaba un elemento! Su sombra se podía ver, recortada sobre la capa de polvo del soporte de terciopelo rojo, allí donde había sido arrancada. Tenía la forma de una daga.

—Un momento —dijo, parándose. Señaló a la panoplia—. ¿Siempre ha estado así, Sidney?

Plummer giró la cabeza, tratando de ver lo que el huésped de su amo le decía.

Shylo observó que tenía que fijar mucho sus ojos en la pared para indagar algo.

—¡Oh, la panoplia! —murmuró—. ¿Qué ocurre con ella, señor?

—Falta un arma. Una daga, parece.

—¿De veras? —Sidney Plummer mostró sorpresa ahora. Casi sobresalto. Fue hasta la pared, alzó una mano y sus dedos largos y huesudos tocaron el hueco dificultosamente. Su voz sonó con brusquedad, revelando sobresalto—: ¡La daga veneciana! ¡Cielos!, ¿dónde puede estar?

—En Scotland Yard, amigo mío —suspiró Shylo—. Pero antes, estuvo en la espalda de un hombre. Ya veo que siempre estuvo ahí... hasta que alguien se la llevó a Londres para matar a alguien que sabía demasiado...

Y bajó la mirada, entre sorprendida y preocupada, de los ojos macilentos y miopes del viejo Plummer. Shylo Harding abandonó Trevor Mews, hasta su regreso aquella noche, en la cena familiar a que había sido especialmente invitado...

CAPÍTULO IV

Hazel Blackburn Weston contemplaba la región desde detrás de los vidrios emplomados de la vieja y sombría edificación destinada a fonda en las afueras de Helmsey, ya frente al fangoso camino que, tortuosamente, se movía entre altos árboles y matorrales frondosos, en dirección a la terrible región de los marjales, a cuyo borde se alzaba Trevor Mews.

—¿Está preocupada por algo, señorita Weston?

Ella giró lentamente su cabeza. Se cruzó de brazos y pareció dominar un estremecimiento, sin demasiado éxito. Clavó sus ojos en el fuego crepitante y amable del hogar, y sobre todo en la alta figura del joven americano, recortada contra las llamas.

—Sí —confesó—. Estoy preocupada por muchas cosas, Harding. Tengo motivos para ello, ¿no cree?

—Por supuesto. Pero si es por Dennis por quien teme algo... le diré que en la casa todo parece normal. Está con sus tíos. Y éstos se ven tan viejos e inofensivos como el propio Sidney, su fiel criado. No parece que allí, entre aquellos muros, se oculte ningún asesino aterrador, Hazel.

—Sin embargo..., usted citó una panoplia cuando volvió de allá —suspiró ella—. Y está convencido de que el vacío en ella, corresponde exactamente a la daga que mató al abogado Yates, en Londres...

—Eso es cierto. Pero Peter, el primo de Dennis, está en Londres ahora. Llega hoy a Trevor Mews. Estuvo la semana pasada en la casa, días antes de que *sir* Christopher dictara a Yates su testamento. Testamento que, por cierto, será leído esta noche. ¿No piensa venir conmigo a esa cena familiar?

—No he sido invitada —replicó ella secamente—. *Sir* Christopher sabe que la prometida de su sobrino fue bailarina de *burlesque* en Soho, y que el quitarse las ropas formaba parte de su actuación. No le importaría saber que soy nieta de John F. Weston. Después de todo, parece que los Weston ya no somos lo que éramos. Mi abuelo se hubiese escandalizado también, si me ve actuar desnuda en un

escenario del Soho, Harding.

—Lo creo —rió Shylo de buen grado—. No hubiera sido sólo una reacción de los Weston. Aquélla era otra época. El puritanismo Victoriano era demasiado hipócrita para admitir la sinceridad y desenvoltura de los jóvenes actuales, mi quería amiga. Parece que, según eso, *sir* Christopher sigue anclado en el pasado. No se asemeja a un hombre de este siglo.

—No lo es. Ni siquiera quiso conocerme. Desheredará a Dennis, si persiste en ser mi prometido. No hablemos ya, si llegase a saber que convivimos íntimamente, sin necesidad de lazos matrimoniales que considero totalmente desfasados.

Ya —suspiró Shylo, pensativo—. No tiene por qué saber, de todos modos, quién es usted, si asiste a esa cena. Diré que es... mi secretaria. Eso lo arregla todo.

Está Peter. Es un joven muy poco amable y excesivamente puritano, también.

Pero es muy listo. No estoy segura de que no me conozca de alguna forma...

—Podríamos correr el riesgo. Presiento que va a ser una velada interesante.

—Sí, yo también estoy segura —le miró fijamente—. ¿De veras se arriesgaría a llevarme consigo? Si *sir* Christopher descubre la verdad, nos expulsará a ambos de su casa...

—Correremos ambos el riesgo —rió Shylo—. Estamos de acuerdo, Hazel. Esperemos que Dennis no se delate al verla allí, así por sorpresa... puede irse preparando para el festejo. Yo también me vestiré con mis mejores galas. No puedo olvidar que, en Inglaterra, una cena familiar es algo solemne, que requiere etiqueta rigurosa...

—Exacto —asintió Hazel, mirándole con fijeza cuando se iba a encaminar a su habitación en la fonda de Helmsey—. ¿Sabe una cosa, Harding? Usted merecía haber nacido en este país. No en Estados Unidos. Parece conocer tan a fondo nuestro modo de ser...

—Sí, yo también estoy sorprendido —confesó Shylo—. Es la primera vez que visito Inglaterra, la primera que veo estos lugares... y es como si ya los conociera.

—¡Cielos! —Hazel seguía mirándole desde el umbral del comedor desierto, a excepción de ellos dos—. ¿Será verdad... lo que Eileen Carter sostiene sobre... la reencarnación de ciertos seres vivos?

Desapareció, sin esperar una respuesta a su pregunta. Respuesta que, posiblemente, no pensaba siquiera que Shylo poseyera en absoluto.

Y así parecía ser. Shylo paseó por el comedor, sumido en sus reflexiones. Las llamas del hogar proyectaban su sombra, con grandes dimensiones, recortándose entre muros y techo. Y, cosa singular, era el suyo un perfil que, a veces, parecía poseer una vida ajena por completo a su propio cuerpo sólido...

Tintineó la campanilla de la puerta del mesón. Alguien entró, y se escuchó una voz larga y monocorde:

—Recuerdos de Yorkshire, señores... ¿Quién compra mi mercancía? Postales, objetos de artesanía, grabados, todo cuanto deseen, por unas pocas monedas... Levine, el buhonero, les ofrece cuanto deseen... Todo a bajo precio, señores. ¡Eh! ¿No hay nadie por ahí?

—Vamos, vamos, Levine, déjenos en paz —terció un vozarrón, allá al fondo de la planta—. No tengo más que dos clientes, y no creo que ninguno de ellos tenga interés por tus chucherías... Pero si quieres una cerveza, ven aquí y te la serviré.

Shylo caminó hasta el umbral de la amplia puerta vidriera que comunicaba el comedor de la fonda con el pequeño bar y la recepción. Un buhonero cargado con su inevitable caja de mercancías, colgada del cuello por una ancha franja de cuero, caminaba rápidamente hacia el mostrador, manipulando un bastón blanco con el que tanteaba su terreno antes de dar un paso. Evidentemente, era ciego. Y de edad bastante avanzada, sin duda alguna, pese a su ostensible agilidad de movimientos.

Gracias, Fox —dijo—. Siempre eres igual de amable con las personas como yo. Dios te bendiga por ello, amigo. Te pareces tanto a tu padre, a pesar de lo poco que yo puedo ya recordarle...

Shylo arrugó el ceño. Viejos recuerdos de un más viejo relato amarillento, firmado por un tal Weston, acudieron a su mente en ese momento. Casi lo había olvidado por completo, sumido en el tráfico inquietante de los últimos acontecimientos.

Rodney Fox, el hostelero de 1897, en Helmsey... Muerto cerca de su carro, en uno de los marjales, justo el día en que Hakes fue envenenado. Y Hakes había hablado antes con él... Muy pocas horas antes, por cierto. ¿Se relacionaron ambos hechos, entonces?

Miró a Arthur Fox, el fornido nieto del difunto Rodney Fox. Un

hombrón vigoroso, jovial, un cincuentón recio y bien cuidado... Luego, estudió al buhonero ciego Levine. Levine... Recordó a otro viejo buhonero de igual nombre, acompañado de un niño, ciego como él... Evocó la inquietante frase del buhonero de entonces: un monstruo sediento de sangre pasó un día junto a él, le rozó alejándose sin hacerle daño, junto a los marjales... Lo había intuido, con esa rara percepción de los invidentes... De eso hacía ya setenta y tres años.

Salió del comedor. Fox le miró, sorprendido. Levine giró la cabeza. Unos ojos, invisibles tras unos lentes negros, ojos que no veían, parecían horadar a Shylo desde un mundo de sombras donde no existían las luces ni las formas.

—¡Oh!, ¿estaba usted ahí, señor Harding? —habló, jovial, el hostelero—. Supongo que no le interesará algún recuerdo o chuchería de Yorkshire... Si quiere ver la mercancía de Levine... —Sí, gracias. —Harding se paró ante el buhonero. Eligió al azar, una pequeña maqueta en madera vieja, rodeada de árboles. Una diminuta casita de juguete que le resultó familiar—. Esto, por ejemplo... Está muy bien hecho. Es pintoresco...

Levine, el buhonero ciego, pareció estremecerse. No necesitaba ojos para saber qué había elegido.

—Eso..., eso es una reproducción en miniatura de Trevor Mews, señor —dijo roncamente.

—Lo sé —sonrió Shylo—. Estuve hoy allí.

—¡Cielos!... —se presignó el ciego—. ¿Usted visitó la casa del... monstruo?

—Levine —le reprendió secamente Fox—, ya basta. Este caballero es americano.

No tiene interés en nuestras leyendas y comadreo, te lo aseguro.

—Perdone. Vale dos chelines —dijo Levine, aludiendo a la casita en miniatura.

—Ya. —Shylo examinó la pequeña maqueta, sus árboles, su verja. Era una copia perfecta—. Le daré por ella cinco libras, Levine. Será un bonito recuerdo en mi casa de Nueva York...

—¡Cinco libras! —boqueó el buhonero—. ¡Cielos, señor...! Es lo que vale toda mi mercancía, seguro... Incluida la caja.

Shylo puso el billete en manos de Levine. Fox arrugó el ceño, mirando con sorpresa al joven americano. Era evidente que no

entendía nada de todo aquello.

Shylo, sin embargo, sin hacerle el menor caso, preguntó a Levine: Supongo que usted es el hijo del otro Levine, buhonero ciego que venía por aquí en otros lejanos tiempos... cuando el Degollador atemorizaba la región.

El resultado de su sugerencia fue escalofriante. Arthur Fox se puso intensamente pálido y le miró como a un aparecido. El buhonero dio un paso atrás, tambaleante, y lanzó una sorda imprecación de asombro. Su caja estuvo a punto de vencerse a un lado, derribando la humilde mercancía.

—¡Dios!... ¿Quién..., quién es usted? —jadeó el vendedor ambulante, con voz temblorosa.

—Sí, ¿quién es usted que sabe tantas cosas? —se sorprendió a su vez Arthur Fox, mirándole de modo muy diferente a como lo hiciera hasta entonces.

—Sé más aún, Fox —se volvió hacia él Shylo, apacible su gesto—. Un hombre estuvo aquí hace más de setenta años y habló con su abuelo... poco después, Rodney Fox aparecía ahogado en un marjal. Y ese hombre, envenenado, era conducido a Londres, donde fallecería...

—¡Shelby Hakes! —susurró con tono angustiado Arthur—. ¡Cielos!... Mi padre tenía entonces solamente cinco años...

—Y yo tenía ocho años, Arthur... —jadeó el buhonero, tembloroso aún—. Pero puedo recordarlo todo como en un sueño... estaba aquí, con mi padre, cuando..., cuando ese hombre de Londres, el señor Hakes..., habló con Rodney, tu abuelo...

—Usted estaba aquí —musitó Shylo, acercándose al buhonero—. Trate de recordar, amigo. Habrá otro billete para usted, si me ayuda. Esfuerce su memoria... yo puedo darle hasta... cincuenta libras, si recuerda de qué hablaron Rodney Fox y Shelby Hakes aquel lejano día...

—Si ese diálogo provocó la muerte de mi abuelo, Levine..., ¡recuerda, por Dios! —insistió entonces Fox, mirando al buhonero—. Trata de acordarte de algo...

—No sé... Es tan difícil... Tan lejano todo... —El vendedor ambulante hizo un poderoso esfuerzo mental—. Después de todo, también el señor Yates... estaba muy interesado en ello.

—¿Yates? —Una especie de descarga eléctrica sacudió a Shylo en

ese instante—. ¿El abogado de los Trevor le preguntó algo a usted sobre esta historia? ¿Cuándo?

—¡Oh, hace unos días!... La semana anterior. No pude recordar gran cosa. Ha sido luego cuando estuve dándole vueltas al asunto, tratando de encontrar algo que estaba perdido en mi memoria, algo subconsciente, sin duda... —Sterling Yates ha muerto en Londres. Asesinado —informó fríamente Shylo Harding—. ¿Se da cuenta, Levine? ¡Es preciso que sepa yo lo que usted pueda recordar! ¡Tal vez, si calla, será usted quien corra peligro en el futuro!

—Peligro... ¡Pero el Degollador ya no puede existir, señor Harding! —protestó Fox—. ¡Hace más de setenta años que todo eso sucedió!

—Y por alguna razón, ha vuelto a resucitar el viejo horror, amigo Fox —cortó Shylo, tajante. Se volvió al aterrizado buhonero—. Levine, ¿qué le dijo exactamente a Yates?

—Lo poco que pude recordar... El hombre de Londres estuvo hablando con Rodney Fox sobre la familia Trevor, sobre cosas de aquella casa, de sus habitantes...

Se interesó mucho por las visitas del doctor George Stuart, que por entonces era el médico de la familia, a la vivienda de los Trevor...

—Eso tiene cierta explicación —terció Arthur Fox—. El doctor Stuart tenía fama de charlatán cuando venía a beber a nuestro establecimiento. Mi padre me contó eso... Era un buen médico, pero algo imprudente cuando bebía unas copas de más.

—¿Era el médico rural de Helmsey, tal vez? —indagó Shylo.

—Lo era, sí. Además, había sido especialista en Londres... En el Hospital de *Charing Cross*, creo. Algo relacionado con psiquiatría y todo eso... La bebida le hizo perder su cátedra y se recluyó en un sitio como éste. Pero era un excelente médico, no hay duda.

—¿Sólo eso interesó al señor Hakes, Levine? —preguntó Harding al buhonero.

—Que yo recordase entonces, cuando el señor Yates me interrogó..., sí.

—¿Eso quiere decir que ahora... recuerda algo más sobre aquella charla? —indagó Shylo, en tensión evidente. Y puso en las manos del buhonero varios billetes de cinco libras.

—Sí, sí... —excitado, el buhonero asintió, estrujando aquellos billetes que, quizá en muchos años, no había llegado a ver reunidos—. Es algo sin sentido, pero... —No importa lo que sea. Dígamelo,

amigo. Puede ser la clave para evitar algo muy grave...

—Bueno... Tal vez sea mucho menos de lo que usted imagina... El señor de Londres... quería saber si el doctor Stuart... mencionó alguna vez... a quien visitaba relacionado con una dolencia mental... en suma: si había algún loco en Trevor Mews...

Shylo Harding enarcó las cejas. Su cuerpo estaba tenso cuando interpelló:

—Y... ¿cuál fue la respuesta de Rodney Fox?

—El abuelo de Arthur, señor, le dijo que creía haberle oído hablar un día de ese asunto, estando muy ebrio. Pero era tan delicado que prefería verle más tarde y hablar con él de tal cuestión, cuando hubiera cerrado el albergue...

—Ya —decepcionado, Shylo dejó caer los brazos, e inclinó la cabeza — y esa entrevista nunca llegó a realizarse. Rodney Fox fue ahogado en el pantano por el asesino... y el señor Hakes fue envenado por alguna droga poco conocida, que terminó con su vida...

Arthur Fox le miró, atónito. Levine guardaba sus billetes con mano temblorosa, como dudando si los había ganado realmente o no. Shylo se encaminó, sombrío, a la escalera que conducía a la planta baja.

Dijo bruscamente, en voz alta:

—Es igual, Levine, amigo. Gracias por sus informes. Esta noche vuelvo yo a Trevor Mews. Quizá descubra por mí mismo quién es la persona de aquella casa que fue tratada por el doctor Stuart de una enfermedad mental que los Trevor mantuvieron oculta siempre...

Y sin añadir más, subió presuroso las escaleras, para vestirse antes de su visita nocturna a la siniestra mansión de los Trevor, no lejos de los pantanos de la muerte...

Lo que ni Shylo ni Fox llegaron a advertir, fue la presencia de alguien; de una sombra furtiva, allá fuera, pegada al muro de la fonda, y que ahora se alejaba silenciosamente, hasta fundirse con las penumbras del atardecer, de regreso a los pantanos. Sólo Levine, el buhonero ciego, con su raro instinto, giró la cabeza y se quedó de cara a una puerta vidriera del fondo, donde poco antes se recortaba una silueta humana, agazapada, escuchando las palabras que allí se pronunciaban.

Estuvo a punto de comentar algo. Pero se mordió el labio inferior y

murmuró para sí, tras apurar su cerveza y encaminarse a la salida, dejando en el mostrador a un Arthur Fox meditativo y preocupado: —Tal vez imaginé que alguien escuchaba... Después de todo, yo lo dije todo... yo no le dije a ese forastero que yo sé... yo sé quién es la persona que se volvió loca en Trevor Mews... Además, ¿qué importancia puede tener eso?

Y bien ajeno a que ese parcial silencio suyo iba a tener tal transcendencia posterior, el buhonero Levine abandonó la fonda de Fox, tanteando siempre con su blanco bastón antes de avanzar paso a paso por las brumosas calles de Helmsey...

* * *

No había ningún taxi en la parada del pueblo. Esperaron en vano cosa de diez minutos, esperando ver pasar un vehículo local, libre de alquilar. Y entonces Hazel resolvió:

—¿Qué tal si vamos a pie, Harding? La casa no está tan lejos de aquí...

—Es un mal camino, especialmente de noche. No en su primer tramo, pero sí cuando llega a la región de los marjales... —avisó Shylo, pensativo.

—Llegaremos muy tarde si esperamos aquí, ¿no cree?

—Sí, es posible que tenga razón. Vamos allá. En menos de un cuarto de hora habremos alcanzado Trevor Mews. Por fortuna, llevo una lámpara eléctrica en el bolsillo. Claro que es de duración reducida, ya que es de batería recargable. Pero servirá en lo más oscuro. ¿No siente miedo?

—¿Miedo? —Hazel Weston rió entre dientes—. No, en absoluto. Vamos, Harding. A su lado, me siento segura.

Echaron a andar decididamente. Hazel aferró el brazo de Shylo Harding. Éste sonrió. Tal vez no era miedo, pero sí aprensión. No podía reprochárselo.

La joven pareja se alejó de la fonda de Arthur Fox y de las luces callejeras de la población. La niebla era densa hacia la zona norte, en dirección a los marjales. El aire aparecía saturado de humedad... no se veía alma viviente en todo el paraje.

A medida que caminaban por los senderos de arrabal, hasta desembocar en un descampado salpicado de arbustos y viejas

ruinas, Shylo sentía crujir bajo sus pies los helechos de un pequeño arroyuelo, y los matojos que brotaban de la tierra fangosa. Una sensación de viscosidad se mantenía en cada paso. Como si el suelo fuese pegajoso, o como si, de repente, la blanda tierra pudiera convertirse en una ciénaga movediza que les engullera para siempre.

Hubo un momento en que necesitó utilizar su linterna de batería recargable. Un delgado hilo de luz iluminó el desigual sendero, ahora deslizándose cuesta abajo entre arboledas sombrías. Extraños, sobrecogedores chasquidos y roces, poblaban la noche por doquier, como si invisibles y atroces criaturas de los marjales reinaran en la noche siniestra de la inhóspita región.

Shylo notaba la presión cada vez más acentuada de los dedos de Hazel sobre su brazo, y también advertía que la respiración de la joven nieta de Weston se hacía entre cortada por momentos, quizá a causa de la creciente preocupación y temor.

—¿Asustada? —preguntó, irónico, de repente.

—Un poco, lo confieso —susurró ella, con lealtad—. ¿Falta mucho?

—Cosa de cinco o seis minutos más..., si apresuramos un poco el paso. No debe temer a pisar, pese a lo blando del terreno. No hay pantanos por aquí, Hazel.

—Lo sé. Aun así, nunca me siento segura de nada en estos lugares...

—Ni yo —confesó Shylo, con una risita—. Cuando existía el Degollador, esto debía de resultar bastante terrible. Incluso ahora, sea quien sea el que...

Se interrumpió Shylo. Es decir, le interrumpieron. Fue aquel grito largo y horrible. Un grito estremecedor, que condensaba todo el terror y la angustia del mundo. Un grito de mujer enfrentada a una muerte atroz, inimaginable...

—¡Eileen! —chilló Hazel, con voz repentinamente quebrada—. ¡Es la voz de Eileen Carter!

—¡Y viene de allí! —rugió Shylo, enfilando su débil linterna hacia un denso macizo de arbustos, a su derecha—. ¡Hazel, quédese aquí! ¡Voy a ver qué ocurre!

—¡No, Harding, no vaya! —clamó la nieta de Weston—. ¡Puede serle funesto!

Pero ya Shylo se había desprendido de ella y corría hacia la arboleda frondosa. Saltó una barrera de matorrales en los que se

golpeó brazos y piernas. No le importó demasiado. El grito se repitió, más cerca. Notó ruido, crujidos violentos en los matorrales cercanos.

Y de repente, emergió la sombra monstruosa. Justo ante él.

En la oscuridad, rota en parte por su linterna, se recortó una figura demoníaca, envuelta en algo flotante, acaso un largo abrigo negro o una capa. Un objeto centelleante silbó en el aire, cerca de su garganta.

Rápido, Shylo saltó atrás. Muy a tiempo. Aquellas dos púas curvadas, agudas, rozaron su cuello y oreja violentamente. Notó que se abría su piel y también, superficialmente, su carne. La sangre goteó. De no haber sido por ese brinco rápido, el objeto se hubiera clavado en su cuello, desgarrándolo luego brutalmente el impulso de la oscura mano agresora.

Pese a todo, el retroceso brusco le hizo tropezar con unas raíces y caer de espaldas. La figura siniestra, al advertirlo, se movió hacia él. Shylo, sin perder tiempo, estiró una mano, alcanzando un peñasco que la luz de su caída linterna le había revelado un segundo antes, y lo arrojó violentamente contra la sombra asesina.

Hubo un choque sordo, un sonido metálico... y el arma punzante escapó de la mano del agresor. La oyó caer en tierra. Hubo un sonido parecido a un sordo ronquido, acaso de decepción e ira... y el atacante escapó con rapidez, desapareciendo entre los árboles y la oscuridad.

Shylo se incorporó, tambaleante, aturdido. Se tocó cuello y oreja. La sangre goteaba en abundancia, pero la herida no era profunda, aunque sí dolorosa. Recuperó su linterna, y la enfiló al suelo. Descubrió un trinchante manchado de sangre, un tenedor curvo, capaz de destrozarle la garganta, si era debidamente manipulado. Luego, descubrió entre los arbustos el rostro mortalmente blanco y petrificado de Eileen Carter.

A sus espaldas, chilló otra mujer. Esta vez era Hazel Weston.

CAPÍTULO V

Era una situación embarazosa.

Estaba herido, sangrando. Y Hazel Weston gritaba, a espaldas suyas. Luego, por si fuera poco, Eileen también reanudó sus gritos.

Por fortuna, eso demostraba que no estaba muerta. Sólo lívida, aterrorizada; presa, acaso, de un lógico histerismo. Shylo Harding tuvo que olvidarse de su propia herida, para cuidarse de ambas mujeres a la vez.

—¡Cállese, Hazel! —exclamó, volviéndose a su pelirroja compañera—. Ya no ocurre nada. El agresor escapó. Y Eileen parece que está bien. Lo bastante bien, cuando menos, para chillar con todas sus fuerzas...

Se inclinó, ayudando a Eileen Carter a ponerse en pie. Se miraron ambos, a la débil luz de la linterna. Era la primera vez que se encontraban, tras aquel breve contacto en el museo de Baker Street, 221. Las circunstancias ahora eran muy diferentes.

—Harding... —murmuró la joven, entre aturdida y aliviada. Se apoyó en él con fuerza—. Dios sea loado, ha venido... está sobre la pista, como yo misma...

—Tan sobre la pista, que estuve a punto de ser víctima del Degollador —dijo abruptamente Harding, en el momento en que Hazel llegó junto a ellos, demudada—. Vean el arma que yace en el suelo. ¿Pudo ser la misma que menciona su abuelo en el manuscrito, Hazel?

Ella miró el arma. La linterna se enfocó sobre el gran tenedor de dos solas púas curvadas y mando tallado. Las puntas aparecían ensangrentadas. Hazel lo tomó cuidadosamente, utilizando un pañuelo para no dejar huellas en él.

—Sí —asintió—. Tiene las iniciales de los Trevor en el mando, véalo...

—Lo suponía —suspiró Shylo—. Señorita Carter, ¿va a explicarnos lo que significa su presencia aquí en estos momentos?

—Ya puede suponerlo —murmuró ella, débilmente—. He sabido por la radio lo de Sterling Yates... Fue culpa mía. Yo le dije que

quería probar la inocencia de mi abuelo. Y que había un hombre en Londres que podía ayudarme, que se parecía..., que se parecía... a...

—Sé lo que va a decir —cortó Shylo, seco—. Conozco sus ideas sobre reencarnaciones, influjos de ultratumba y espiritismo... Pero se equivocó conmigo.

Sólo soy Shylo Harding, un americano demasiado curioso, que quiere saber lo que está ocurriendo. De todos modos, no me refería a eso. Sé que Yates quería verme porque, influenciado por sus palabras, había pensado en informarme de ciertos hechos. Y alguien que le vigilaba evitó que eso sucediera, asesinándole. Lo que me interesa saber es lo que hace aquí ahora..., por qué gritó y quién era la persona que me agredió con idea de asesinarme con igual estilo que el del antiguo Degollador, señorita Carter.

—¡Dios mío, si pudiera contestarle a eso! —suspiró ella—. Grité porque vi esa sombra humana en el bosque, dirigiéndose hacia mí... Supongo que era un asesino, el mismo que clavó un cuchillo en la espalda del señor Yates... En cuanto a mi presencia aquí, no debería extrañarle, señor Harding. La inocencia de mi abuelo tiene que ser probada aquí..., ¡porque aquí está el auténtico monstruo! La verdad se oculta en Trevor Mews, podría jurarlo.

—Sí, yo también. Pero quizá no sea la misma verdad que usted imagina... —Shylo Harding se puso un pañuelo anudado, rodeando el desgarró de su garganta—. Además deambulando por estos parajes lo único que logrará es cruzarse con el criminal y convertirse en víctima suya... ¿Por qué no afronta los hechos abiertamente... en la propia mansión de los Trevor?

—Pero... ¿en qué forma? —se quejó la nieta de Terence Carter.

—Muy sencillo —sonrió Shylo—. Venga conmigo. Serán dos mujeres que no fueron invitadas, las que llevaré esta noche a Trevor Mews. Hazel Weston será mi secretaria. Usted, Eileen, digamos... mi prometida. ¿Qué le parece?

Y echó a andar hacia Trevor Mews. Las dos mujeres, sin vacilar, se apresuraron a seguirle.

* * *

El viejo y lento Sidney Plummer les contempló con asombro, antes

de anunciar su presencia al anfitrión. Era obvio que no esperaba el regreso del huésped en compañía de dos bellas jóvenes.

Sir Christopher escuchó a su fiel criado, y salió a recibirles con igual expresión de perplejidad, mirando a ambas damas. Shylo hizo la doble presentación sin quitarle los ojos de encima al dueño de la casa. Aparentemente, no sospechaba de la identidad real de ninguna de ellas. Sólo aparentemente, se dijo Shylo, desconfiado, ante el brillo de astucia y previsión de los ojos del aristócrata, tras los cristales de sus gafas de oro.

—Es un placer conocerlas, señoritas —dijo finalmente, inclinándose ante ambas. Se volvió a Plummer—. Sidney, dos cubiertos más, por favor. Y anuncia la cena a los demás. Ya es muy tarde, a causa del retraso en llegar del señor Harding...

El criado asintió, silencioso, saliendo de la biblioteca adonde les había hecho pasar. Shylo procedió inmediatamente a justificar su tardanza:

—Deberá disculparme por ello, *sir Christopher*. No hallamos taxi. Y por añadidura, ya ve mi pañuelo al cuello. No me lo puse para combatir el frío o la humedad, sino para cubrir el desgarró de mi garganta.

—¿Desgarro de su garganta? —Se horrorizó *sir Christopher*—. ¿Qué significa...?

—Véalo —se quitó bruscamente el pañuelo, revelando la herida—. Fui atacado en el bosque. Era un hombre envuelto en una capa o algo parecido. Usó un arma especial para atacarme. Y de no estar listo, ahora estaría degollado, como lo estuvieron en el pasado otras personas, incluida Judy Kane, su antigua doncella.

—¡Pero..., pero eso es imposible! —gimió el anciano aristócrata, muy pálido, con aspecto de verdadero horror—. El Degollador no puede seguir existiendo...

—Pues existe otro, cuando menos —dijo Harding secamente—. Y parece ser que este lugar vuelve a ser el escenario de sus fechorías, como en otro tiempo.

—Entiendo lo que sugiere —dijo tristemente *sir Christopher* bajando la cabeza—. Y mi casa... vuelve a ser el posible hogar del monstruo...

—No sé —confesó Shylo, mirándole con franqueza—. Sólo le conozco a usted y a su anciano criado..., aparte de su sobrino

Dennis. Pero imagino que tampoco los demás ocupantes de la casa podrán ser sospechosos...

—Claro que no —murmuró con amargura *sir* Christopher—. Todo esto es como una maldición. He llegado a pensar que... que ni siquiera ese asesino es real, humano...

—¿No? El arma usada sí es bastante real —y Shylo sacó de su bolsillo el tenedor punzante, que depositó en una mesa, ante el aristócrata—. ¿La conoce, acaso?

El anciano jefe de familia iba de sobresalto en sobresalto. Miró con horror el tenedor de trinchar, sus oscuras manchas de sangre seca en las púas... Luego, contempló el cuello herido de Shylo. Se estremeció. E hizo una indicación hacia la puerta del fondo.

—Vengan conmigo, se lo ruego —pidió—. Va usted a conocer a mi esposa e hijo, señor Harding... Son los únicos miembros de la familia que le falta por conocer... y ninguno de ellos puede ser quien empuñó este tenedor de mi propia vajilla, desde luego. El asunto no tiene sentido alguno. Nunca lo tuvo. Ahora, menos que nunca... Por aquí, por favor... No resultará una cena alegre... pero no será mía la culpa. Quizá sólo de un fantasma...

Y abrió paso a sus huéspedes, hacia el comedor destinado a recepción de invitados...

Dennis dio un leve respingo al ver a Hazel, pero la expresión de ésta y la mirada de Shylo Harding lograron detener su impulso de llamarla por su nombre. Otro hombre, joven y alto, se puso en pie al verles aparecer.

Solamente *lady* Viveca Trevor permaneció obligadamente en su asiento, encabezando la mesa oval. No podía moverse. Una antigua dolencia la mantenía sujeta a su silla de ruedas. Pero además de eso, su rostro era una máscara inexpresiva, que revelaba ausencia total de emociones, como si sólo estuviera allí su cuerpo, pero nada de su mente ni de su espíritu.

Pese a ello, los ojos, intensamente azules y grandes, poseían un brillo en su fondo, que pugnaba a veces por luchar contra la opacidad de su mirada ausente y vacía. Alguna vez fue una mujer joven, hermosa, vital y arrogante. Ahora, era una anciana de blancos cabellos, rostro hermético, mente perdida y cuerpo paralizado. Una dulce anciana, sin embargo, que producía dolor y tristeza contemplar.

Sir Christopher hizo las presentaciones. Shylo besó una mano yerta y fría, enjoyada y pálida, la de *lady* Viveca. Luego, estrechó los dedos rudos de Peter Trevor. Y terminadas las presentaciones fue Peter quien, volviéndose de repente hacia Hazel Weston, soltó la temida bomba repleta de cínica insolencia:

—Vaya, señorita Blackburn, ¿por qué trata de ocultarnos que es usted la bonita chica que se desnudaba en Soho cada noche, y que ahora se acuesta con mi primo Dennis, sin estar casada con él?

* * *

Fue un feo comportamiento y un aún más feo y soez lenguaje, el utilizado por el hijo único de *sir* Christopher.

Hazel palideció intensamente, con un destello colérico en sus ojos. Eileen Carter dio la impresión de una muchacha angustiada, naufragando en pleno oleaje. Dennis dio un salto feroz, aullando insultos no menos soeces:

—¡Peter, bastardo, hijo de perra, maldita sea toda tu estirpe miserable!... ¡Vas a pagar tus injurias arrastrándote ante ella hasta que te salga la piel a tiras!

—¡Dennis! —rugió *sir* Christopher, airado—. ¡Te prohíbo semejantes insultos y actitud! ¿Es cierto que esa mujer es la misma que se exhibía impudicamente ante el público, y con quien decías que ibas a casarte? ¿Es cierto que convives con ella de modo irregular?

—¡Sí, tío Chris! —masculló Dennis; descompuesto, enfrentándose a su familiar—. Y me importa muy poco que me desheredes o que me arrojes ahora de tu maldita casa. Ese cerdo asqueroso, esa miseria humana que tienes por hijo, es mucho peor que yo... ¡porque sé que habla así de Hazel o de otras mujeres... sólo porque es un miserable invertido!

El escándalo alcanzaba cotas increíbles. Shylo Harding asistía al choque familiar sin desviar sus ojos de *lady* Viveca, aquella estatua bella, delicada y triste, perdida en el fondo del comedor, como ajena a todo, como si fuese sorda, ciega, muda e inválida. El contraste, mientras salían a relucir las taras y lacras morales de los Trevor, resultaba francamente asombroso. Toda aquella basura, no

parecía capaz de salpicar en momento alguno a la infortunada mujer.

Peter Trevor, escupiendo otro insulto, quiso agredir a su primo, al sentirse insultado tan gravemente. *Sir* Christopher se interpuso, cuando ya Shylo pensaba hacerlo.

—¡Un momento! —ordenó, tembloroso, convulso, alzando sus manos trémulas—. No tolero esto ni un momento más. Cuando esta cena termine, y haya hablado a todos los miembros de mi familia, usted, señorita, abandonará mi casa en compañía de mi sobrino.

—No se preocupe —silabeó Hazel— agresiva. —Me voy ahora. Se encaminó a la salida, resueltamente. Antes de que Dennis la siguiera, Shylo dió un salto y se interpuso ante Hazel. Pero era a *sir* Christopher a quien miraba duramente.

—La señorita Weston ha venido conmigo, no con Dennis —silabeó—. No puede irse sola, porque un asesino anda suelto ahí afuera. Si ella se va, yo iré con ella, al margen de lo que decidan los demás. Creo que todos deben retener sus impulsos, y esperar. Cuando termine la cena, nos marcharemos, Hazel. ¿Qué dice, usted, *sir* Christopher?

—Estoy de acuerdo con usted, Harding. No he dicho que ella se marchase ahora. Tampoco había terminado. Cuando llegue ese momento, también tú, Peter, te marcharás de aquí.

—Pero papá...

—¡Te irás de aquí! —rugió con energía su anciano padre—. ¿Está claro?

Peter Trevor bajó la cabeza. Le temblaban las manos y los labios. Asintió en silencio.

—Bien —una fugaz mirada preocupada de *sir* Christopher a su lejana, inmóvil esposa, pareció tranquilizarle en ese sentido—. No se hable más señores. Empiece la cena. Sepamos todos comportamos civilizadamente al menos... durante una hora.

En silencio fueron ocupando todos sus asientos. Las miradas de Dennis y Hazel se cruzaron con cierta firmeza y dulzura. Eileen se quedó mirando a Shylo, y musitó al sentarse:

—Yo... yo también me hubiera ido con ustedes, Shylo. No volvería a andar sola por estos lugares, por nada del mundo... Sobre todo, después de saber cómo son los Trevor...

Shylo sonrió, sin comentar nada, y se sentó también en su propio

lugar, marcado con un tarjetón escrito a mano, con minuciosa letra angulosa. Juguetó con él, mientras Sidney Plummer comenzaba a servir la mesa.

En una de las ocasiones, Shylo alzó la cabeza. Estaba seguro de que le miraba alguien con fijeza. Era una sensación hormigueante y extraña. Giró su mirada hacia el lugar. Era ridículo.

Estaba mirando al muro de madera, a su espalda. Allí no había nada... salvo su propia sombra. Le resultó divertido observar cierta semejanza de su perfil con el de Shelby Hakes.

Volvió a girar la cabeza. Se encontraron sus ojos, súbitamente, con los opacos e inexpresivos de *lady* Viveca. Se sobresaltó. Ella también estaba mirando, muy fija, aquella sombra peculiar.

¿Fue imaginación suya... o las pupilas azules y apagadas de la vieja dama inválida, se animaban con un extraño fuego de inquietud, de tensión, acaso de un vago y escalofriante recuerdo de terror y de incertidumbre?

No pudo estar seguro de ello porque, justamente en ese momento, las luces se apagaron en su totalidad. El comedor, la casa entera, quedó sumida en tinieblas.

Hubo un súbito grito de terror en alguna parte de la mesa. Un agudo, espeluznante alarido de mujer.

Shylo Harding hubiera jurado que venía del otro extremo de la mesa. De la boca habitualmente silenciosa y muda de *lady* Viveca Trevor...

Simultáneamente, allá afuera, en alguna parte del jardín, en la mansión de los Trevor, sonó otro grito. Pero éste era el desgarrador chillido de alguien que estaba muriendo violentamente...

CAPÍTULO VI

En las repentinas tinieblas del amplio y suntuoso comedor de los Trevor, hubo murmullos de terror, cuchicheos estremecidos, chirrido de madera de las viejas sillas macizas, al rebullirse en ellas los cuerpos, inquietos por el cúmulo de acontecimientos inexplicables que sacudían la mansión y sus alrededores.

—¿Qué es lo que sucede ahora? —rugió la potente voz de *sir* Christopher en la sombra—. ¡Sidney, luces! ¡Traed luces, las que sean! ¡Velones, lámparas de petróleo o gas, lo que haya por ahí, maldita sea!

Nadie parecía escucharle o entenderle. Y si era así, era de suponer que Sidney Plummer tardaría demasiado, con sus andares lentos, su artritis crónica y su edad, lastres de su actividad normal.

Shylo Harding fue uno de los pocos que se pusieron en pie apenas sonó el terrible alarido de muerte en el exterior.

A su espalda, alguien logró encender un fósforo, cuya llama ardió débilmente en las tinieblas. Ello permitió que en los oscuros vidrios de la galería se reflejase una escena difusa, de pesadilla. Una serie de rostros y cuerpos trémulos, encogidos entorno a la mesa, cérea su piel, no se sabía si por el tono de la pobre luz o por el temor que a todos embargaba.

—¡Harding! —le llamó la voz de Dennis Trevor, con fuerza—. ¿Adónde vas ahora? ¡No sea loco, no se arriesgue ahí afuera!

—¡No, Harding! —gimió también Eileen Carter, incorporándose en su asiento—. ¡No corra ningún riesgo! ¡Estoy segura de que el asesino anda por entre esos arbustos... y que quizá se ha cobrado una nueva víctima! ¡Recuerde el ataque en el camino! ¡Es peligroso!

—Lo recuerdo muy bien —jadeó Shylo, alcanzando la puerta vidriera y abriéndola—. Pero no podemos permanecer aquí cruzados de brazos, mientras otras vidas peligran. Presiento que, esta vez, el asesino está cerca. Y no siempre va a tener la misma fortuna...

Ahora, para asombro de todos, habló una nueva persona en el vasto comedor. Una persona que jamás hablaba. Shylo hubiera podido

convencerse ahora de que sus sospechas eran ciertas. De que, realmente, el grito de temor ante el apagón, había brotado de labios de *lady* Viveca Trevor, lo mismo que ahora surgían aquellas lentas, cansadas palabras, que hicieron girar a todos la cabeza con sobresalto e incredulidad:

—Id... —musitó—. Id todos... Ya va siendo hora de que ese monstruo... deje de existir. Dadle caza. ¡Destruidle, por amor de Dios! Y que la paz llegue para siempre a la vida de los Trevor...

Sir Christopher, mortalmente pálido, contempló a su esposa sin dar crédito a sus oídos. Sólo atinó a murmurar, mientras los demás se ponían ya en acción:

Viveca..., Viveca querida... Has vuelto a hablar... ¡Has recuperado la voz! Dios sea loado, Viveca, esposa mía...

—Ve ya, querido —le respondió Viveca, serenamente—. No es tiempo de hablar ahora. Ese joven..., ese joven tan valeroso puede estar corriendo algún serio peligro...

Como confirmando sus palabras, allá en el exterior, en alguna parte, un ronco grito resonó entre la espesura. Luego llegó un grito agudo, penetrante, desgarrador, revelando un terror infinito.

Dennis y Hazel se miraron entre sí, angustiados. También cambiaron una mirada de apremio con Eileen Carter.

—¡Ese grito..., vino de..., de los pantanos! —jadeó Dennis, palideciendo.

—¡Cielos...! ¡Tal vez Shylo...! —susurró Eileen, con expresión de angustia—. ¡Vamos, vamos ya!

Los tres jóvenes fueron los primeros en precipitarse al oscuro, ominoso exterior, donde la Muerte era el premio de una trágica lotería en la que sólo participaban dos hombres: el asesino de los pantanos y Shylo Harding.

* * *

Shylo encontró pronto a la víctima. A la persona que había gritado de aquel modo espeluznante, poco después de hacerse la oscuridad en Trevor Mews.

La delgada luz de su lámpara le reveló la presencia del cuerpo abatido entre los árboles. Y el torrente de sangre que aflucía de su garganta desgarrada, hundida de oreja a oreja por un objeto

incisivo, curvo, posiblemente otro de aquellos terribles tenedores para trincar carne.

Pese a la expresión terrible de aquel rostro, pese a sus ojos desorbitados y a la crispación de su boca, reconoció inmediatamente al hombre asesinado. Lanzó una imprecación entre dientes.

Era Levine, el ciego buhonero...

Le contempló en silencio, agazapado junto a él. Respiró hondo, sacudiendo la cabeza con pesar. De entre sus labios brotaron algunas palabras, hablando consigo mismo:

—Pobre hombre... Todo su pecado era haber oído hablar de algo, una vez... Quizá recordó. O quizá alguien temía que recordarse... lo que pudo escuchar siendo un niño.

Luego fue la intuición, el puro instinto, lo que salvó la vida de Shylo. Porque antes de que el arma sangrante cayera sobre su nuca, hincándose en ella de modo fatal, tuvo conciencia exacta de que había alguien a su espalda.

Giró con rapidez, al tiempo que hacía describir a su cuerpo un salto desesperado. Un gruñido sordo llegó de la oscuridad. Una sombra monstruosa se movió a su espalda y algo, un objeto centellante, metálico, que goteaba sangre todavía, silbó con fuerza ante él, casi rozándole de nuevo la piel, terminando por golpear en un tronco de árbol, tal era la furia aplicada al golpe brutal por el asesino.

Ello hizo que el arma horrible saltara de sus dedos, rebotando en el árbol y perdiéndose luego entre la hojarasca. Un graznido de ira y contrariedad brotó de una garganta en la sombra. Shylo buscó con rapidez la figura de su enemigo, hurgando en la oscuridad con el rayo delgado de su linterna.

Con rapidez, el criminal había dado vuelta, con un flotante abrigo o capa agitándose tras él y emprendió la huida a través del denso bosque que parecía conocer a la perfección. Algo familiar asomó en sus movimientos, en su figura, pero Shylo no pudo concretarlo, porque a la vez que creía reconocer al criminal, algo en él no era como debía ser. Y ni siquiera llegó a saber quién era y que era lo que cambiaba en él.

Pero eso sí, se precipitó con rapidez en pos suyo. Luego, levantó el rayo de su luz bruscamente. Lo proyectó a la distancia. Y vio al asesino.

Estaba entre unos líquenes flácidos, al borde de una extensión salpicada de arbustos de tortuosos tallos. Le contemplaba, recostado contra una leve claridad, la que producía el reflejo de su propia linterna en la bruma pantanosa. Seguía sin reconocerle, pero la sombra fantasmal y amenazadora parecía dudar ahora de su evasión. Shylo sospechó la razón: la extensión llana era un pantano de tierra movediza y el furtivo lo sabía.

—¡Ríndase! —gritó Shylo—. No puede ir más lejos. Ya todo ha terminado para usted. Creo saber quién es... Y por qué lo hace. No vale la pena seguir. Que ese pobre buhonero sea la última víctima. Su idea representa una locura absoluta. Ya no sirve de nada. Yo se la verdad. La intuí esta noche. Ahora estoy seguro. No arriesgue su vida estérilmente.

—Sí, lo sé... ¡Pero nadie va a juzgarme a mí! ¡No moriré en presidio, ni tendré la desdicha de ver hundido todo cuanto quise mantener en pie! ¡Ésta será mi última victoria, Harding!

Y sin esperar nada más, se precipitó al pantano.

Shylo corrió desesperadamente hacia aquel lugar, pero por el camino, el fango hacía presa en sus piernas, adhiriéndose a ellas como si fuese negra goma. Luchó contra todo eso, y llegó al borde del pantano, cuando ya el suicida tenía hundido en él su cuerpo hasta los hombros. Era una oscura masa blanda, que le iba absorbiendo implacablemente. Shylo, tristemente, comprendió que no había remedio. Estaba demasiado lejos de él para prestarle ninguna ayuda. Tampoco tenía medios allí para intentarlo.

—¡Shylo! ¡Harding! ¡Responda, por amor de Dios! —Oyó las diversas voces, gritando a sus espaldas, camino de los marjales.

No contestó. Estaba mirando fijamente al hombre, del que ya sólo asomaba del pantano una mano crispada y un rostro. Le asentó la luz de su linterna iluminando claramente sus facciones convulsas.

—Que Dios... me perdone... —oyó jadear al asesino—. Lo hice... porque lo creía justo...

Miró desesperadamente a la luz, a Shylo. Luego, su rostro empezó a hundirse. Su mano también, aunque fue, con los cabellos, lo último en desaparecer bajo el fango. Luego, unas sordas burbujas flotaron un momento en la superficie. Y no quedó nada.

Shylo suspiró con fuerza. En un momento, le rodearon personas que conocía, y parecían llenas de alivio al verle con vida. Miraron, como

él, al pantano. Entendieron, por su gesto, y por algunas burbujas postreras que estallaban en la superficie. Dennis soltó un resoplido. Hazel gimió algo. Eileen Carter susurró, aferrando un brazo de Shylo:

—Menos mal... está bien, con vida... ¿Él es... el asesino? ¿Se hundió... ahí?

—Sí —dijo lentamente Harding—. El mismo eligió ese camino. Pensó que era lo mejor para él... quizá tuviera razón, no se...

—¿Logró ver... quién era? —preguntó Dennis Trevor, ansiosamente.

—Sí —afirmó Shylo—. Lo vi. Pero ya sabía quién era cuando contemple su rostro.

—¿Quién..., quién era, por amor de Dios? —quiso saber Hazel Weston, la nieta del doctor.

Shylo se volvió. Les miró gravemente, uno por uno. Otras personas de Trevor Mews se acercaban con potentes lámparas eléctricas por entre los árboles. El americano murmuró:

CAPÍTULO VII

—¡Sidney! —murmuró *sir* Christopher, sacudiendo la cabeza con estupor, cuando hubieron cruzado la puerta de la mansión, un nutrido grupo, de regreso a ella—. No puedo creerlo. Si apenas podía andar... arrastraba los pies, tenía artritis crónica. Era un viejo inútil...

—Parecía un viejo inútil —suspiró lentamente Shylo—. No es lo mismo. El siempre adoptó el papel del sirviente fiel, cansino, que pasaba inadvertido para todos. Pero la artritis no existía. Estoy seguro de que nunca vio a un médico, aunque el dijera que iba a su consulta, en ocasiones. ¿Vino aquí alguna vez el propio médico, a examinarle ante usted, *sir* Christopher?

—No, nunca —tuvo que confesar el aristócrata—. Pero Plummer... ¿por qué Harding?

—Muy sencillo: porque temía que alguien pudiera comenzar a investigar. Sabía que existía una nieta del ajusticiado inocente, como sabía que había una nieta de Weston. Temía que hubiese también algún descendiente de Hakes. No fue así, pero... llegué yo. Y precipite los acontecimientos, porque creyó ver en mí, algo como alguna otra persona, cierta semejanza física con Hakes, el primer inquilino de Baker Street, que me daba el aire de un fantasma o un resucitado. En cualquier caso, una amenaza desconocida para el asesino de los marjales. Y Sidney Plummer, entonces, tuvo que actuar.

—Sólo, porque estaba loco... jadeó Dennis. —¡Oh, Dios mío, que enorme estupidez!

—No, Dennis. No dije eso. Pudo haber estado loco, pero no lo estaba. Sidney era un hombre de ideas fijas y rotundas. No cavilaba ante nada. Y era, además, fiel. Tremendamente fiel. Lo bastante para arriesgarlo todo, vida, conciencia, sentimientos incluso, por aquéllos a quienes servía. En su fidelidad estaba la causa de todo. Sidney Plummer tenía un motivo claro para matar ahora, en esta época: proteger al asesino de otra época, a la persona que obtuvo el apodo de Degollador, en Londres y en Helmsey, allá a finales de

siglo...

—¿Cómo? —aulló *sir* Christopher—. ¿Quiere decir que Sidney... no fue el asesino en ambas ocasiones? ¿Hubo... hubo dos asesinos diferentes, Harding?

—Pero..., pero ¿quién? —masculló Peter Trevor, muy pálido.

Shylo no respondió. Fue hasta la mesa. Contempló a *lady* Viveca, con gesto suave, apacible, los ojos entornados, la cabeza recostada en el muelle respaldo de su asiento tapizado, las manos marfileñas sobre los brazos del sillón... se inclinó un poco más sobre ella. Tocó su cuello, sobre la carótida. Luego, puso una mano sobre las de ella. Todos le contemplaban en silencio, desorientados.

—¿Duerme? —preguntó *sir* Christopher, roncamente—. Sí —suspiró Shylo, incorporándose—. Duerme, *sir* Christopher. Duerme apaciblemente. *Lady* Viveca dormirá, al fin en paz... por una eternidad.

—¿Qué? —rugió su esposo, lanzándose como un poseso hacia su esposa—. ¡No puede ser!...

Shylo se hizo a un lado. Le dejó tocar a su esposa, yerta y fría. Los ojos del joven se fijaron en la copa de vino, ante la dama. En el poso oscuro, sedimentado en el fondo de la misma... Sacudió la cabeza, mirando a todos los demás.

—Seguramente, el mismo veneno vegetal que causó el colapso de Hakes —sentenció.

—¡Asesinada! —chilló Davis—. ¡Han asesinado a la abuela Viveca!...

—No, Dennis —negó suavemente Shylo—. Nadie hizo nada contra ella. Fue ella misma quien decidió terminar. Sabía que éste era el fin. Y vale más ser enterrada como *lady* Viveca Trevor, muerta de un súbito colapso..., que como el Degollador, y muerta en una celda, con su edad y su dolencia... porque sepan que fue ella. Ella era el Degollador de entonces. La persona a quien protegió el fiel Sidney Plummer, inventándose un segundo asesino, al cabo de los años...

Y ahora, cuando mi vida se termina inevitablemente, quiero que todos sepáis la verdad: la terrible verdad que oculté en mi joven pasado, cuando era todavía una adolescente que acababa de casarse contigo, Chris. Fue entonces, justo entonces, cuando comenzó todo. Aquel accidente del caballo, mi lesión en la cabeza... el doctor dijo que posiblemente me había producido alguna lesión cerebral, y estuvo tratándome de ella. Muchas veces me visitó por esta razón. Fox, el cantinero, sabía eso. Tuve que matarle, simulando un accidente en los pantanos, para que no hablara más de ello a los demás, como había hecho ya con Shelby Hakes, el detective de Londres. Sí, Chris. Yo, enferma de mi mente, tras aquella caída me convertí en una mujer diferente. Gozaba matando, derramando sangre... Tomé los tenedores trinchantes de nuestra propia cubertería, y cuando sentía los fuertes dolores cerebrales, salía a las calles de Londres, igual que después a los marjales de Helmsey, para satisfacer mi afán de sangre, de muerte, de violencia...

Tras la muerte del detective de Londres a quien envenené con un extracto vegetal altamente tóxico —¿olvidaste ya que mi padre había sido un excelente químico, Chris?—, empeoré rápidamente. Quiero decir que sufrí la parálisis progresiva. Pero pude evocar los lapsos, las lagunas de mi memoria, en aquellos momentos en que había sido una criminal, cuyas fuerzas físicas de mujer deportiva y fuerte por naturaleza, se multiplicaban con la demencia.

Y ahora... Ahora sé lo que está sucediendo, Chris. Sé que hay alguien lo bastante fiel a mí, desde hace setenta años, que es capaz de matar para ocultar, para borrar las viejas huellas y pistas que conducen al culpable, a mí, en suma... Sidney no habla. No dice nada. Pero yo leo en sus ojos. Sé que fue a Londres. Y murió Yates, nuestro abogado. El sabía lo del doctor, conocía mi dolencia mental de entonces, había descubierto que yo era el monstruo de

otros tiempos, e iba a revelarlo a alguien... Sidney lo evitó de un modo horrible. Pero cometió el error de usar un cuchillo, no un tenedor de ésos... Luego debió recapacitar y apeló a la otra arma. Esta noche, temo que muera alguien más... Y no quiero. No quiero que eso suceda. Chris, cuando escuches esta grabación que hago ahora, cuando ya sabes que no me quedé muda jamás, sino que simplemente callaba, para hablar a solas conmigo misma en el horror sin fin de mi invalidez, que era como mi expiación por tanta infamia... Chris, te repito, cuando escuches esto, yo habré muerto ya. Como Hakes, hace tantos años. No puedo soportarlo más...

Adiós a todos. Chris, quiero que, cuando menos, sepas algo. Te quiero. Te quise siempre. Fui incapaz siempre de revelarte la verdad, por miedo a perderte. Ahora, no importa ya. Ojalá me comprendas. Sólo siento que dejé ir a la horca a aquel pobre Terence Carter... No pude evitarlo. Sufrí por entonces una crisis, ¿recuerdas? Y al recuperarme de ella... él ya había sido ajusticiado. Que Dios me perdone por todo, si es posible.

Ya está haciendo efecto el veneno. Y vosotros no habéis vuelto aún... Ojalá todo esté resuelto, todo terminado. Que Sidney y yo descansemos en paz al fin... Adiós, Chris, cariño. Perdóname. Por todo aquello. Y por esto. Sé que nos veremos pronto, otra vez. En alguna parte...

Enmudeció el pequeño magnetófono accionado por lady Viveca. Pasó el resto de la cinta, sin grabar. Los testigos de la póstuma declaración verbal, hecha a media voz por lady Viveca Trevor en el comedor de la mansión, permanecieron callados, cabizbajos, impresionados todavía por cuanto acababan de escuchar.

Sir Christopher rompió en un sollozo ahogado. Peter hundió su cabeza entre las manos. Dennis y Hazel se aferraron las manos, apartándose ligeramente de los demás, sin dejar de mirarse en silencio.

Shylo Harding suspiró, moviendo la cabeza. Echó a andar hacia la salida con paso lento, sin hacer ruido. Era un mutis definitivo de la vida y del mundo de los Trevor, él lo sabía. Ya no tenía nada que hacer allí. El misterio de setenta largos años había terminado, Eileen le alcanzó en el jardín. Buscó su mano, la apretó con fuerza al encontrarla. Tembló, apoyándose en él con un gemido.

—¡Dios mío! —susurró—. Lo sabía...

—¿Sabía... qué, Eileen? —indagó Shylo.

—Sabía que él era inocente. Mi abuelo Terence... Y estaba segura de que usted..., usted iba a ser el catalizador que desencadenase la solución final. Era el presentimiento. Algo, aquel día, en el Museo de Baker Street, pareció decírmelo... —Ya—. Shylo miró hacia las sombras que les rodeaban en la vecindad de los marjales. Emprendió el regreso a Helmsey. Y Eileen caminaba junto a él. —Parece que muchas personas vieron en mí... la sombra de alguien. El fantasma de algo.

—Es posible —sonrió Eileen, mirándole—. Sí, es muy posible... Hazel Weston también lo pensó, al enviarle el manuscrito de su abuelo. Y *lady Viveca*... creo que vio en su presencia una repetición de hechos acontecidos setenta años antes... Y tuvo miedo. Miedo de matar. Prefirió... morir.

—No me gusta que me consideren un fantasma —suspiró Shylo Harding—. Pero debo admitir algo, Eileen.

—¿Qué?

—Yo mismo he notado a veces esa influencia extraña, misteriosa... Es posible que exista un contacto intangible entre los vivos y los muertos, no sé... —Se mantuvo callado unos momentos. Luego, volvió a mirar a Eileen Carter—. ¿Sabe una cosa? Vuelvo a Londres. Esta misma noche. Alquilaré un taxi, si hace falta. No me quiero quedar aquí ni un momento más.

—¿Puedo acompañarle, Shylo?

—Claro —asintió él—. Iba a pedírselo yo, Eileen. Después de todo... somos amigos.

—Sí. Buenos amigos, Shylo. Gracias por todo. Ahora mi abuelo reposará tranquilo en su tumba, estoy segura. Y usted lo hizo posible...

—¿Yo? No sé... Hablaremos de ello más adelante. Cuando todo esto se haya olvidado.

—Pero..., para entonces, usted estará ya en su país, en Estados Unidos, escribiendo sus libros de misterio...

—Bueno, pudiera ser, pero... ¿sabe, Eileen? Creo que voy a quedarme aquí un tiempo. Me gusta Inglaterra. Y puedo escribir mis novelas desde aquí.

—Eso sería maravilloso...

—¿De veras? —Se detuvo. La miró, risueño. Oprimió con más fuerza su mano—. Es posible que necesite una ayudante para buscar temas tradicionalmente ingleses...

—Yo puedo prestarle esa ayuda. Me encantaría, Shylo.

—Entonces, ya no seremos sólo amigos, sino colaboradores. Eileen...

—¿Sí?

—Eileen, me gusta Inglaterra. Y me gustas tú.

—¡Shylo!... ¿Qué... que has dicho? —Sonó agitada la voz de ella.

—Vamos a Londres. Por el camino hablaremos de todo eso... si quieres.

—¡Claro que quiero, Shylo! —Fue la elocuente respuesta de Eileen Carter.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada La muerte elige, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Personajes de algunos relatos de Sherlock Holmes: Baskerville, un heredero obsesionado por un perro infernal; Moriarty, el siniestro criminal; Lestrade, un policía siempre vencido por el método deductivo del gran detective... (N. del A.). < <

[2] Así lo hizo *sir* Arthur Conan Doyle. Y así tuvo que rectificar. (N. del A.). < <